

BOLSILIBROS
BRUGUERA

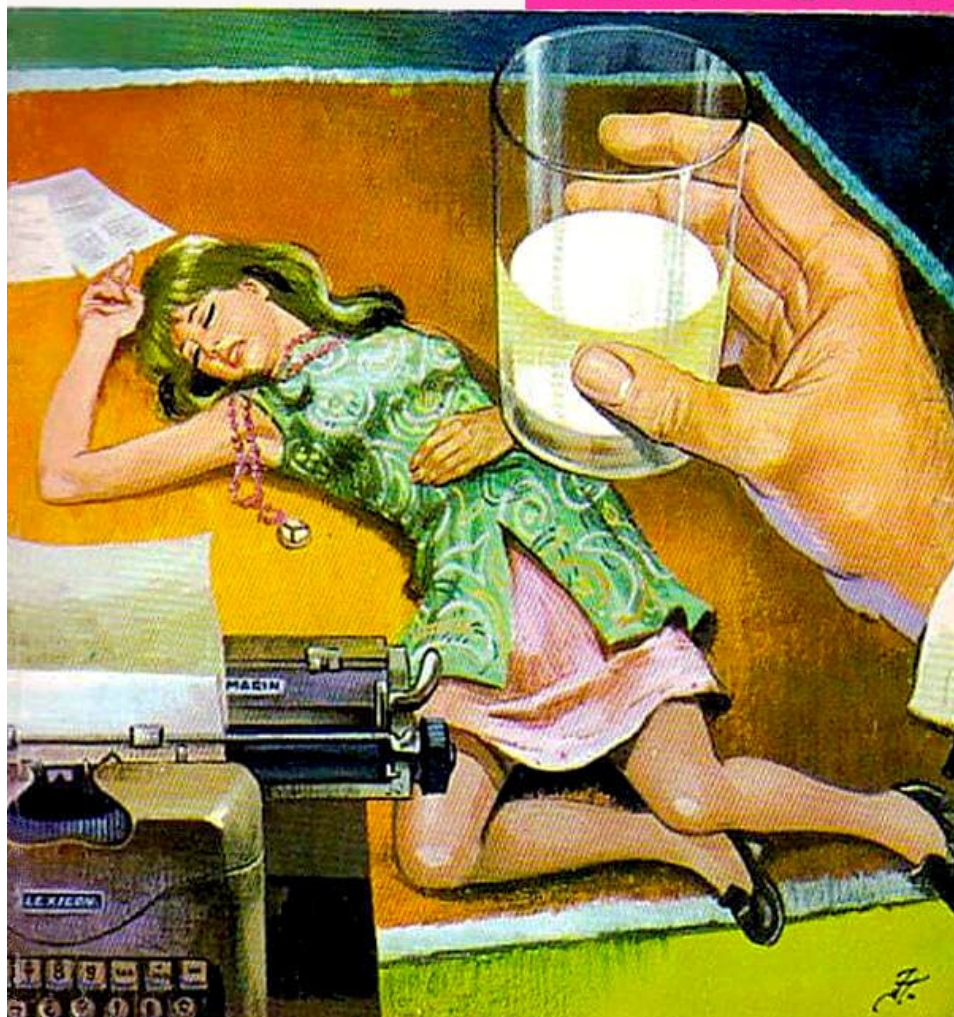
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

el cianuro es cosa de mujeres

KEITH LUGER



En Nueva York estaba nevando.

Frank Darren tenía frío pero, sobre todo, tenía hambre. Se había detenido ante el ventanal de un restaurante. El cristal estaba defendido por unas cortinillas demasiado finas y podía ver a los comensales.

Un camarero dejó una pierna de cordero asada ante un tipo muy gordo y Frank Darren sintió que se le escurrían los calcetines. Soltó un gemido y dio media vuelta, metiendo las manos en los bolsillos en busca de dinero.

Pero no se produjo el milagro. Seguía teniendo la moneda de diez centavos que había tocado cincuenta veces en las últimas horas.



Keith Luger

El cianuro es cosa de mujeres

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1075

ePub r1.0

Lds 02.03.18

Título original: *El cianuro es cosa de mujeres*

Keith Luger, 1971

Cubierta: Triad

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

En Nueva York estaba nevando.

Frank Darren tenía frío pero, sobre todo, tenía hambre. Se había detenido ante el ventanal de un restaurante. El cristal estaba defendido por unas cortinillas demasiado finas y podía ver a los comensales.

Un camarero dejó una pierna de cordero asada ante un tipo muy gordo y Frank Darren sintió que se le escurrían los calcetines. Soltó un gemido y dio media vuelta, metiendo las manos en los bolsillos en busca de dinero.

Pero no se produjo el milagro. Seguía teniendo la moneda de diez centavos que había tocado cincuenta veces en las últimas horas.

—¿Dónde estás, Roy? ¿Dónde estás? —dijo en voz alta.

Un hombrecillo bastante bebido que pasaba por su lado se detuvo y preguntó:

—¿Ha perdido a su perro?

—No, no es un perro.

—¿Un gato? —El hombrecillo se tambaleaba un poco.

Frank negó con la cabeza.

—¿A quién perdió, amigo? ¿A su padre?

—A un amigo.

El borracho se echó a llorar.

—Yo perdí a una mujer... Se fue con otro.

Frank le dio una palmada.

—Pues no sabe usted lo que ganó, amigo. Ya lo dice el proverbio: «Si pierdes a una mujer, da de comer al hambriento».

—¿Eso dice el proverbio? —arrugó el ceño el hombrecillo.

—Claro que sí, hombre. ¿No lo sabía? ¿Tiene un dólar para que

pueda comer? Soy justo el hambriento.

—Lo siento, pero no llevo un centavo.

—Entonces, continúe buscando a su mujer.

Frank dejó de prestar atención al borracho y se puso a mirar otra vez el escaparate. El tipo gordo estaba devorando la pierna de cordero y se chupaba los dedos.

El estómago de Frank protestó produciendo un ruido extraño.

—Caramba, es ventrílocuo —dijo el hombrecillo.

—No, no tengo el vientre lleno —dijo Frank—. Todo lo contrario. Lo tengo con telarañas.

—Caramba, pues creí que hablaba con el estómago.

—Eso sí. Mi estómago habla. ¿Y sabe lo que dice? «Dame, comida, Frank».

—¿Hace mucho tiempo que no come?

—Tres días.

—¿Tres días?

—Desde que mi amigo Roy se fue con un montón de dinero y con una pelirroja. Siempre le pasa lo mismo. En cuanto una pelirroja se le cruza en el camino, es hombre perdido.

El borracho se echó otra vez a llorar.

—¡Las mujeres...! ¡Las mujeres!

Frank le puso una mano en el hombro.

—Oiga, amigo, sólo me faltaba usted con sus lágrimas para arreglarme. Vaya a su casa a dormir la mona.

El borracho se enjugó las lágrimas con un pañuelo.

—Soy Dick Oliver.

—Y yo Frank Darren. Y ahora adiós porque nuestra amistad acaba aquí, si no me puede ayudar.

—Me presenté porque puedo ayudarle. Verá, tengo una agencia de cobros morosos.

—¿Se refiere a una agencia de esas que cobran a los tipos que no pagan?

—Sí.

—Pues lárguese porque yo soy de los que no pagan. Estoy en un hotel y no puedo acercarme a él porque el dueño es un bruto y me dijo esta mañana: «Darren, si su amigo o usted no pagan hoy la semana que deben, no les dejaré entrar en la habitación. Y ojalá nieve». Y el muy suertudo ha acertado. ¡Qué nevada. Dios mío, qué

nevada!

—Sí, señor, no se recuerda otra como ésta desde hace diez años.

—¿Me lo dice o me lo cuenta? Hace diez años, yo estaba en las mismas condiciones.

—Entiendo, su amigo se fue con una pelirroja.

—No, aquella temporada le dio por las rubias.

—¿A qué se dedica usted, señor Darren?

—A lo mismo que Roy.

—¿Y a qué se dedica Roy?

—A lo que sale.

—¿Qué les salió últimamente?

—Vendíamos un raticida.

—¿Un rati... qué?

—Un producto de éstos para matar ratones.

Frank metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño paquete en el que se veía a un ratón de rodillas, suplicando con lágrimas en los ojos. Con voz de vendedor dijo:

—Los destrozos que producen los ratones en los Estados Unidos pueden calcularse en más de doscientos millones de dólares al año. La rata es un animal inteligente que burla a su enemigo, el gato y el perro ratonero. Pero la ciencia avanza que es una barbaridad y nuestros laboratorios alemanes de Nueva York, Kauffman y Kauffman, han descubierto este producto que es infalible y que se llama «Asesi-Ratonín». Ya sabe, asesino de ratones. Está hecho a base de un poderoso derivado del cianuro. Una insignificante porción de este veneno letal, dejará su casa como una rosa. ¡Y no va a pagar por el paquete de «Asesi-Ratonín» los dos dólares que le costaría cualquier otro producto similar! ¡Ni pague un dólar! ¡No, infiernos! ¡Pague tres dólares porque «Asesi-Ratonín» le hará dormir como un lirón! ¡Aproveche la ocasión porque el millonario Rockefeller pos ha hecho un pedido de doscientas toneladas para matar las ratas de su casa y ya me quedan muy pocos paquetes en la maleta!

El borracho se puso a aplaudir.

—¡Bravo, señor Darren! Con este arte que usted tiene, debe vender muchos paquetes de «Asesi-Ratonín».

—Que se cree usted eso. Vendo muy pocos. Es mi amigo Roy el que tiene una lengua sensacional. Sobre todo las mujeres se le dan

muy bien. Hay fulana a la que le coloca media maleta de una sola sentada.

Frank elevó los ojos al cielo.

—¿Dónde estás, Roy? ¿Dónde estás?

—Señor Darren, ya le he dicho antes que puedo hacerle un favor. Si viene a mi oficina...

—Entiendo, me comprará el paquete de «Asesi-Ratonín».

—No, tampoco tengo dinero en la oficina.

—¿Piensa que soy un ratón y me va a dar de comer papeles?

—Tengo un montón de facturas por cobrar.

—¿Facturas?

—Sí, morosos. Todavía me quedan algunos clientes. Ya sabe, los almacenes venden sus productos a plazos y luego, por algún motivo, los clientes dejan de pagar, y entonces yo entro en acción.

—Creo que lo entiendo. Usted cobra y le dan una comisión.

—Exacto. Puedo ofrecerle una lista de morosos. Le daré algo de lo que cobre.

—Oiga, ¿trató de cobrar a esos morosos?

—Sí.

—Y no consiguió nada.

—Son los más duros. Pero véame a mí y véase a usted. Yo soy demasiado pequeñito y, si chillo demasiado, me rompen la cara... Pero usted es distinto. Cielos, debe medir uno noventa.

—Uno ochenta y siete.

—Y pesa cien kilos.

—Ochenta y nueve.

—Tiene puños como calabazas.

—Eso no lo puedo desmentir. Son calabazas.

—Venga a mi oficina y le daré la lista. Está muy cerca de aquí.

Frank Darren siguió a Dick Oliver, no muy convencido de que fuese a meterse en un buen negocio.

Subieron en un ascensor que chirriaba demasiado.

El edificio olía a demonios.

Llegaron a la tercera planta, en donde había muchas puertas. Darren leyó la placa de siete dentistas, la de un tipo que vendía una cruz de metal que daba la felicidad, y la de un fulano que vendía pieles de visón a precios de ganga.

No pudo leer más placas porque su nuevo amigo abrió una

puerta en la que se leía: «Dick Oliver». Y debajo se agregaba: «Si a usted le deben, es porque quiere. Nuestros largos brazos llegan a los rincones más escondidos».

Frank echó una ojeada a los brazos de Oliver y los vio muy cortos.

Entraron en la oficina, que era un cuchitril, con una mesa, un par de sillas y un archivador.

Dick tropezó con una silla y estuvo a punto de caer, pero Frank logró sostenerle.

Luego Oliver abrió un archivador y sacó una carpeta.

—Aquí tiene la lista de morosos, Frank.

Darren miró la lista. Se incluía el nombre del moroso, la clase de operación que había realizado, el objeto comprado y, por último, el almacén que quería cobrar y que era cliente de Dick Oliver. El primero de la relación era John Miller y había comprado tres máquinas de escribir a Turkel, Artículos de Oficina. Había pagado algo por las tres máquinas de escribir, pero debía todavía ciento noventa y ocho dólares y cincuenta centavos. La dirección era la Calle 62, y eso estaba solo a diez minutos de allí, yendo a pie.

—¿Cuánto dijo que me iba a pagar, señor Oliver?

—¿Le parece bien el veinte por ciento, Frank?

Darren entornó los ojos tratando de sacar el veinte por ciento de ciento noventa y ocho dólares y cincuenta centavos. Luego se puso a contar con los dedos de las manos y, finalmente, dijo:

—¿Cuánto es el veinte por ciento de lo que debe ese John Miller?

—Treinta y ocho dólares con sesenta centavos, exactamente.

—Trato hecho.

Oliver señaló una puertecita.

—Tengo un camastro y me voy a echar un rato. Estaré aquí toda la tarde esperándole.

—De acuerdo. Volveré en cuanto haya cobrado.

—Suerte, muchacho.

—Gracias, señor Oliver.

Frank Darren se marchó con mucha prisa de la oficina. Al llegar a la calle, se subió el cuello de la chaqueta porque estaba nevando con más intensidad.

Una chiquilla de unos quince años, bien abrigada, le interrumpió

el camino con un recipiente de hojalata que tenía una ranura:

—Para los pobres que no tienen qué comer.

—¡Yo! —le contestó Frank.

—Es usted muy gracioso, caballero —le dijo la chiquilla con una sonrisa.

Al ver el inocente rostro de la criatura, Frank sacó su única moneda de diez centavos y la metió por la ranura.

—Perdona, nena, pero me dejé los dólares en casa —y siguió su camino.

CAPÍTULO II

Poco después, Frank Darren llegaba al edificio de la Calle 62, cuyo aspecto era peor que el de la oficina de Oliver.

El ascensor estaba estropeado y tuvo que subir por una escalera cuyos peldaños gimieron bajo su peso.

Llegó a la cuarta planta respirando entrecortadamente. La oficina de Miller estaba enfrente. En la placa pudo leer: «John Miller». Y debajo: «El Cuerno de la Abundancia». Y ya no había más.

Frank llamó a la puerta y oyó una voz:

—Pase, está abierto.

Entró y se quedó de muestra al ver a la joven que había tras una mesa y que le sonreía. Tenía unos veintitrés años y tenía unos senos muy desarrollados.

—¿Es usted El Cuerno de la Abundancia?

—Oh, qué gracioso —rió la chica—. Mi nombre es Peggy Jones.

—Entonces quiero hablar con el señor Miller.

—No se preocupe. Puede hacer la apuesta conmigo.

La joven le alargó un papel impreso en multcopista.

Frank lo aceptó y le echó una ojeada. Era una relación de las carreras que se iban a celebrar aquella tarde y al día siguiente en el país, y se incluían todos los caballos.

—Si me permite aconsejarle, señor...

—Darren. Frank Darren.

—Como le iba diciendo, señor Darren, puedo darle un soplo, pero, por favor, no lo divulgue.

Frank se agachó.

—¿Cuál es el soplo?

—La tercera de San Luis, «Belle Star» es una potranca de tres

años que es un primor... ¿Le apunto cincuenta dólares?

—No.

—¿Cuarenta?

—No.

—¿Veinte?

—Señorita, espere un momento. Tengo que hablar con el señor Miller de un negocio de mucha envergadura. Casi doscientos dólares.

—Caramba, entonces le pasaré al señor Miller. Las apuestas de más de cien dólares las acepta el señor Miller personalmente.

Abrió la llave de un interfono y dijo:

—Señor Miller, aquí hay un pez gordo —la joven rió mirando a Frank.

—Que pase —contestó una voz por el interfono.

Peggy le hizo una señal a Frank con la cabeza para que se dirigiese a la puerta del fondo.

—Hasta ahora —se despidió Darren.

Frank fue hacia la puerta, pero no tuvo necesidad de llamar porque le abrieron desde dentro. Un hombre de mediana estatura, con cabeza de buitre, fe estrechó la mano.

—¿A quién tengo el gusto de saludar?

—Frank Darren.

—Bien venido a El Cuerno de la Abundancia, señor Darren... Está usted en la mejor oficina de apuestas de Nueva York. Todo legal, señor Darren. La última semana hemos pagado premios por valor de cien mil dólares. Todo Nueva York conoce la frase: «El que juega con Miller tiene su vejez asegurada».

Miller dio la vuelta a la mesa y ocupó un sillón giratorio.

—Por favor, siéntese, señor Darren.

Frank se sentó en un sillón de cuero.

Miller sacó un bolígrafo y se dispuso a escribir en una libreta que tenía delante.

—¿Cuánto le apunto, señor Darren?

—Ciento noventa y ocho dólares con cincuenta centavos.

Miller, que ya se disponía a escribir, levantó la mirada y soltó una carcajada.

—Fue un buen chiste. Nunca me lo habían dicho. Tiene verdadera gracia —siguió riendo—. Ciento noventa y ocho dólares

con cincuenta centavos.

—Es lo que usted debe a Turkel, Artículos de Oficina, y lo que me va a pagar.

La sonrisa se heló en la cara de Miller como por arte de magia.

—¿Qué dijo, señor Darren?

Frank golpeó su carpeta de morosos contra el filo de la mesa:

—Aquí dice que usted compró tres máquinas de escribir, y lo que se compra se debe pagar. Y me alegro de haber llegado tan a tiempo. Porque, después de haber pagado cien mil dólares de premios, le habrán quedado unos buenos beneficios.

Miller se echó en el respaldo de la silla y dijo:

—Humo.

—¿Cómo ha dicho?

—Que se convierta en humo, señor Darren, porque no le voy a pagar un solo dólar.

—El humo le va a salir de la cabeza cuando yo le arree el primer castañazo —dijo Frank levantando un puño.

Miller vio aquel puño y desorbitó los ojos.

—Señor Darren, no tiene derecho a usar la violencia.

—Tengo derecho a comer.

—Oiga, yo no le quito la comida de la boca.

—Es lo que usted cree. Prometí que esta tarde me comería una pierna de cordero, y si no la tengo a mano pronto, me lo como a usted, señor Miller.

—Otro chiste —rió Miller divertido.

—No fue un chiste, señor Miller. Faltan muy pocos minutos para que me convierta en antropófago.

Frank se puso en pie y Miller, al verlo tan alto, dijo:

—Si quiere comer algo, cómase a la nena que está ahí fuera. ¡Está más tierna! ¡Yo tengo ya cincuenta años!

—Prefiero invitar a comer a Peggy, cuando le haya sacado a usted los dólares del bolsillo.

Miller cruzó las manos como si rezase y dijo:

—Señor Darren, no tengo un cochino dólar.

—Lo pondré boca abajo para cerciorarme. Quédese quietecito y será más fácil. Bastará con que le atrape por los tobillos y le pegue unas cuantas sacudidas.

—¡Espere, señor Darren, le voy a pagar!

—Eso está mejor.

—Le voy a pagar en cuanto reciba el dinero que estoy esperando.

—¡Y un cuerno! ¡Y no me refiero precisamente a El Cuerno de la Abundancia!

—¡Le juro que es cierto! ¡Voy a recibir diez mil dólares esta misma tarde!

—Pues los va a recibir en el hospital porque no va a quedar muy bien cuando yo le de unas cuantas patadas.

—No sea mulo, hombre.

—Ya se ganó el golpe del conejo.

Miller empezó a correr alrededor de la mesa y Frank fue detrás, corriendo también.

—¡Un momento, Frank...! ¡Le daré ciento noventa y ocho dólares y agregaré cincuenta dólares de mi bolsillo! ¡Pero tendrá que esperar un par de horas!

—A mí no me la pega.

—¡No pienso pegársela y se lo puedo demostrar!

Los dos terminaron de correr porque estaban muy cansados. Se habían vuelto a detener, cada uno a un lado de la mesa.

—¿Cómo me lo piensa demostrar? —preguntó Frank entre jadeos.

—Se quedará aquí. Será un empleado mío y ganará más dinero. Ésa es la prueba. Tenía otro empleado, además de Peggy, pero justamente se me marchó ayer.

—Porque no le pagaba.

—Sí, le debía dos meses de sueldo, pero las cosas van a cambiar.

—Oh, sí, las cosas van a cambiar porque usted va a apostar por «Belle Star» en la carrera de San Luis.

Miller arrugó la nariz como si oliese a podrido.

—Ese soplo lo inventé yo para los clientes. Todos los días invento un soplo para que Peggy lo ponga en circulación.

—Menudo sinvergüenza está hecho.

—Oiga, Frank, todos los apostadores necesitan vivir de la ilusión.

—Lo que me extraña es que no le hayan roto la cara.

—Se equivoca. Me la rompieron dos veces.

—Pero no se la rompieron como se la voy a romper yo.

—Frank, sea inteligente, aunque sea por una vez en su vida. Le estoy ofreciendo...

—¡El Cuerno de la Abundancia! Ya lo sé. Pero entérese, Miller, tengo un socio que se llama Roy Williams y usted no le llega ni a los tobillos. El sería capaz de venderle a usted la Casa Blanca con el presidente dentro.

Sacó el paquete de «Asesi-Ratonín».

—Roy Williams y yo hemos vendido cuatro vagones de esto durante los últimos seis meses.

—¿Qué es?

—Matarratones y ya estoy pensando en darle una dosis a usted.

—¡Yo no soy un ratón!

—Tengo mis dudas.

Frank dejó el paquete de «Asesi-Ratonín» en la mesa para poder apuntar a Miller con el dedo.

—¡He venido aquí a cobrar y no me iré sin cobrar!

—Oiga, Frank. Será mi empleado y va a cobrar quinientos al mes.

—Eso me recuerda lo que me dice Roy a veces.

—¿Qué es lo que le dice?

—«Cuenta con la mitad, Frank...». ¡Y da la casualidad de que en esos momentos Roy no tiene nada!

Miller lanzó otra vez la carcajada.

—Demonios, su socio es un tipo de los míos. Juntos haremos grandes cosas.

—Juntos sólo iríamos a la cárcel.

—Tengo un negocio entre manos. Algo fabuloso.

—¿Aprendió a hablar con los caballos y ellos le dicen cuándo van a ganar?

—No, Frank, no es eso.

—¿De qué negocio se trata?

—No se lo puedo decir. Pero le aseguro que hoy obtendré mis primeros frutos. Diez mil hermosos dólares. Y usted será el primero en beneficiarse porque recibirá esa porquería que debo a Turkel, y se meterá en el bolsillo los cincuenta pavos limpios que le prometí. Y, además de eso, empezará a cobrar porque será mi empleado.

—Lo pinta demasiado bonito para ser realidad.

Miller levantó una mano.

—¡Juro que es cierto!

Frank titubeó y entonces Miller aprovechó aquel momento para darle una palmada en la espalda.

—Tenga confianza en John Miller.

—Oh, sí: «El que juega con Miller tiene la vejez asegurada»... Y cada primo que viene aquí se queda sin sus dólares, como yo me quedé sin abuela.

—Usted no es un cliente, Frank. Usted va a ser un colaborador. Y además tendrá una buena compañía. Se sentará en la mesa que hay enfrente de Peggy, y sólo tendrá que tomar nota de las apuestas que le hagan telefónicamente o de las que hagan los clientes que se pasan por la oficina.

—Oiga, Miller, sigo teniendo hambre.

—Tengo un par de bocadillos.

Miller entró en una habitación y sacó una bandejita en la que había dos pequeños *sandwiches*.

—Con eso no podré llenar el hueco —dijo Frank, pero atrapó de un zarpazo los dos bocadillos y se los metió en la boca, uno detrás de otro.

Miller vio asombrado cómo Frank hacía desaparecer aquello en diez segundos.

—Caramba, es cierto. Ha estado a punto de comerme —rió sus palabras y le dio una palmada en el brazo—. Me voy por los diez mil dólares.

Frank le puso una mano en el hombro y lo hizo con tanta fuerza que casi le hizo caer.

—Señor Miller, si usted me engaña, es mejor que vaya preparando su testamento.

—Le juro que no le engaño. Acompáñeme a tomar posesión de su mesa.

—No, señor Miller, no me voy a quedar... Iré por ahí a ver si cobro a otra persona. Pero métase esto en la cabeza. Volveré en dos horas y entonces me dará lo que debe, y seguiremos hablando de esa oferta de ser un empleado suyo.

—De acuerdo, Frank.

—No lo eche en saco roto.

Frank salió, pero dejó olvidado sobre la mesa el paquete que contenía aquel producto para matar ratones.

Peggy Jones le sonrió.

—¿Ya hizo su apuesta por «Belle Star»?

—No, Peggy, pero quizá la haga más tarde. Volveré.

Ella le abanicó las pestañas.

—Como usted quiera, grandullón.

Frank sintió un escalofrío por la espalda. Aquella chica tenía muchas cosas y era mona, pero él seguía teniendo ganas de comer y salió de la oficina de apuestas.

* * *

El segundo nombre de la lista de morosos era Barry Preston, y era el dueño de un bar que había adquirido una máquina registradora, dejando a deber ochenta y siete dólares. El bar estaba muy lejos de allí y Frank tuvo que hacer el camino a pie.

Había dejado de nevar y, por consecuencia, el frío era más intenso.

El bar estaba en una callejuela en donde había mucha fulana con la cara llena de pintura.

Una pelirroja de edad indefinida trató de cazar a Frank colgándose de su brazo.

—Nene, devórame.

Frank le enseñó los dientes.

—Ahora mismo.

La pelirroja le soltó llena de terror porque vio que Frank le iba a pegar de verdad la dentellada.

Sin más contratiempos, Frank entró en el bar que estaba lleno de humo y del olor del infierno.

Había mucha clientela y tuvo que abrirse paso para llegar al mostrador, tras el cual se encontraba un tipo tan alto como él.

—¿Barry Preston?

—Soy yo. ¿*Whisky* o ginebra?

—Ni *whisky* ni ginebra. Soy Frank Darren y vengo a hacerle escupir los ochenta y siete dólares que debe por su máquina de hacer dinero.

—Ahora mismo le pongo la ginebra.

—Dije que vengo a cobrar.

—Pues si viene a cobrar, enseguida le sirvo. Pero dígame, ¿qué

dientes no le hacen falta para masticar?

—Oiga, gracioso, si entro ahí le convierto en un ocho.

Barry Preston se lanzó sobre Frank y, si éste no se hubiese apartado aprisa, se hubiese quedado sin cráneo porque Preston le soltó un zurriagazo con un trozo de cañería.

Al fallar en el golpe, Preston quedó colgado en el mostrador, y Frank lo enderezó pegándole un castañazo en la boca.

Preston se levantó con la rapidez de un muñeco que saliese de una caja de sorpresas. Y se llevó la sorpresa porque Frank lo atrapó por el cogote y lo hizo descender otra vez y le volvió a cascar en la cara.

Los clientes que estaban a los lados empezaron a reír y a dar gritos. Era un buen espectáculo.

—¡Eh, muchachos! —dijo uno—. ¡A Barry le están pegando por primera vez!

Frank atenazó el cuello de Barry con una llave.

—Preston, ¿va a pagar por las buenas o quiere seguir pagando por las malas?

—Ahora mismo le doy el dinero.

—Pero sin trampas, o le termino de deshacer la cara.

Frank dejó libre a Preston, el cual se tambaleó al recuperar la vertical. Abrió la caja registradora y sacó un montón de billetes.

—Aquí tiene, cerdo. Sus ochenta y siete dólares.

—Gracias, puerco —le dijo Frank—. Y a mandar.

Frank se marchó del bar entre las risas de los clientes.

Al llegar a la calle, sintió que le escocían los nudillos. Los tenía despellejados. Demonios, aquel tipo tenía la cara como el cemento. Y por eso era un moroso.

Bien, ya tenía dinero para comer y para pagar el hotel, aunque Roy no apareciese.

¿Con qué clase de pelirroja estaría Roy para que hubiesen pasado tres días desde la última vez que lo vio?

Entró en el primer restaurante y ocupó una mesa.

Un camarero larguirucho le dio la carta.

Frank, sin pensarlo, pasó un dedo por el papel mientras decía:

—Todo.

—¿Cómo ha dicho, señor?

—Todo lo que hay en esta banda.

La nuez del camarero bailó en su garganta y luego, inclinándose, dijo:

—Señor, en esa banda hay ternera en cuatro platos diferentes.

—Comeré los cuatro.

—Y cordero en cinco platos.

—Pues traiga también los cinco platos de cordero.

—Para postre, ¿qué?

—Más tarde, después que lleguemos a la columna del pescado.

—Sí, señor como usted mande —dijo el camarero y, poniéndose una mano en la boca, echó a correr hacia la cocina.

Frank, mientras esperaba, cogió el salero, se echó sal en la mano y se la llevó a la boca.

Al fin el camarero llegó trayendo una mesa rodante, la que se empleaba en los grandes banquetes, y allí viajaban los cuatro platos de ternera condimentada de distinta forma.

Dejó los platos en la mesa, se retiró unos pasos y cruzó los brazos porque no quería perderse el espectáculo. Pero, cuando Frank iba por el segundo plato, renunció porque se estaba poniendo malo y fue corriendo a la cocina porque estaba seguro de que el cliente se comería también el cordero.

Al cabo de una hora, Frank había agregado a la carne una lubina, dos truchas, tres flanes y dos cafés.

Pagó con quince dólares y agregó uno de propina.

El camarero, muy ceremonioso, dijo:

—Señor, olvidó comerse una aceituna.

—Renacuajo, si te burlas, me como tu pajarita.

El camarero se apartó rápidamente por temor a quedarse sin el traje.

Frank salió del local y, a pesar de que estaba nevando y hacía mucho frío, se tocó el pecho y respiró con fruición, como si estuviese en un día de primavera.

Ya era hora de regresar a la oficina de John Miller.

Volvió a subir en el ascensor a la planta en donde Miller tenía su cubículo y entró sin llamar.

Peggy no estaba a la vista y caminó al fondo de la oficina.

Entró en el despacho de John Miller y vio a éste sentado en su sillón giratorio.

—Hola, Miller, ¿qué tal le fue? ¿Ya recibió los diez mil dólares?

Miller no le contestó.

—Yo tuve suerte. ¿La tuvo usted?

Se sentó en el sillón de cuero y agregó, mirando a Miller:

—Logré cazar a uno de los morosos como usted, y me pagó ochenta y siete dólares, aunque me costó un poco de trabajo —se miró los nudillos despellejados—. Le tuve que pegar fuerte —observó otra vez a Miller—. ¿Qué le pasó en la cara, Miller? ¿También le pegaron a usted por querer cobrar los diez mil dólares?

Como antes, no obtuvo respuesta.

—Eh, señor Miller, ¿es que se ha dormido? No, no puede haberse dormido porque tiene los ojos abiertos.

Una mosca se paró en la cara de Miller.

—Señor Miller, ¿no se va a espantar esa mosca? —dijo Frank con voz temblorosa.

Había visto algún muerto en su vida y también había visto cómo una mosca se posaba en su cara, pero, naturalmente, los muertos no podían espantarse las moscas.

Tragó saliva y empezó a levantarse lentamente.

—Señor Miller, quítese esa mosca de la cara... Quítesela, por favor. Sólo tiene que levantar una manita para espantarla.

Miller no levantó la mano para espantar la mosca.

Instintivamente, Frank buscó por la mesa un vaso para beber agua, *whisky* o lo que fuese. Y justamente vio un vaso donde había leche, como dos dedos. Lo cogió para beber pero, cuando iba a hacerlo, se detuvo porque olió a almendras amargas.

Puso otra vez el vaso en la mesa y volvió a mirar a John.

—¡Señor Miller! ¡Hábleme, señor Miller, y le perdono los cincuenta dólares que me iba a regalar!

Rodeó la mesa y, cerrando los ojos, tocó con los dedos la cara de Miller.

La piel de Miller estaba fría como el hielo y Frank, a pesar de que hizo una suave presión con sus dedos, Miller perdió el equilibrio y se venció hacia el lado izquierdo del sillón y dobló la cabeza, que golpeó contra la mesa.

Frank dio un salto contra la pared.

—¡Señor Miller!... ¡Está muerto!

Frank oyó que se abría la puerta exterior y se quedó encogido, lleno de pánico.

Pensó que sería Peggy y fue a preguntar por ella, pero en ese momento oyó una voz de hombre:

—Quédese ahí, Peggy.

Frank vio una puerta al fondo, la habitación de la que Miller sacó los bocadillos y corrió hacia ella. La abrió y se metió dentro. El cuarto estaba oscuro.

Oyó los pasos de dos o tres personas que entraban en la oficina de Miller.

—Compruebe si está muerto, señor Nielsen —dijo alguien.

Pasaron unos segundos.

De pronto, la puerta tras la que se escondía Frank se abrió de golpe.

Frank se quedó como una estatua cuando vio que un hombre le estaba apuntando con una pistola, y ese hombre dijo:

—Ya tengo al asesino, muchachos.

CAPÍTULO III

—Vamos, salga de ahí —dijo el hombre de la pistola.

Frank salió con el paso cansino de una res que llevasen al matadero.

En la habitación había otros dos hombres, aparte del muerto.

Frank sabía distinguir a un policía a una milla de distancia. Y aquellos tres sujetos eran policías.

—Soy el teniente Dixon de la Brigada de Homicidios —se presentó el de la pistola—. Rápido, ¿cuál es su nombre?

—Frank Darren.

—Sabemos por qué lo mató. Vino aquí a cobrarle ciento noventa y ocho dólares... Discutieron... Y usted le golpeó la cara. Veo sus nudillos despellejados, y eso corresponde con el hematoma que tiene el muerto en la cara. Pero luego no se conformó con eso y lo liquidó.

—¡No lo maté!... ¡Juro que no lo maté!

Uno de los policías cogió, con ayuda de un pañuelo, el vaso de leche.

—Teniente...

—Diga, Nielsen.

—No lo mataron de un puñetazo, aunque se nota que Frank Darren podría matar a un buey de un solo golpe. Lo hicieron con veneno y apuesto a que sé cuál es. Cianuro.

—¿Cianuro?

—Sí, teniente, y aquí está el paquetito.

Nielsen cogió el paquete que Frank había dejado olvidado en su primera visita a la oficina.

—Es un raticida. Se llama «Asesi-Ratonín».

El teniente señaló el paquete de raticida.

—¿Es suyo ese paquete?

—No... ¡Digo, sí!

—¿En qué quedamos?

—Es mío, lo traje yo, pero no lo usé para matar a Miller. ¡Lo juro!

—Usted vino aquí para cobrar una deuda al señor Miller.

—Sí, señor.

—Discutieron por ello.

—Sí, señor.

—Usted quiso pegar al señor Miller. Corrió detrás de él. Lo sabemos por Peggy Jones.

—Está bien, corrí detrás de él, pero no le llegué a poner la mano encima. Cuando yo me marché, Miller estaba con vida.

—Eso también lo sabemos. Peggy nos lo contó. Luego, Peggy salió para tomar un café con leche y un bollo. Estuvo media hora ausente y, cuando volvió, vino a ver al señor Miller y se lo encontró muerto. Pero oyó ruido allí —el teniente Dixon señaló la habitación en donde había estado escondido Frank—. Entonces, Peggy salió muy despacio y fue al gabinete del señor Baker, un dentista, para avisarnos. Nos esperó allí hasta que llegamos. Luego nos pusimos en camino y lo demás ya lo sabe. Lo hemos atrapado, Frank. Usted está tan muerto como John Miller.

—¡Teniente, están cometiendo un grave error! ¡Cuando yo llegué, hace un rato, no estaba Peggy Jones! Y sólo estoy aquí hace unos diez minutos. El señor Miller ya estaba tan tieso como ahora.

El otro policía, que hasta entonces había guardado silencio, estaba espolvoreando el vaso para hallar las huellas.

—Teniente, aquí hay dos clases de marcas.

—Unas deben ser las del difunto.

El policía llamado Nielsen cogió la mano izquierda de Frank.

—¿Qué va a hacer?

—Aquí hay un tampón. Vamos a tomar las huellas de sus deditos.

El policía llevó la yema del dedo de Frank al tampón y luego la presionó sobre un papel. Dejó libre la mano. Cogió el papel y lo alargó a su compañero.

—Compáralas, Linder.

Linder, con la ayuda de una lupa, comparó las huellas del vaso

con las que Frank había dejado en el papel.

—No hay duda, teniente. Frank Darren dejó su marca en el vaso. Frank gritó:

—¡Cogí el vaso porque quería beber!

—Entiendo, primero mató a John Miller y luego se arrepintió y se quiso suicidar.

—No, teniente, atrapé el vaso porque, cuando me di cuenta de que Miller estaba muerto, quise beber algo.

—Claro, y a usted le gusta mucho la leche con cianuro.

—Sólo me gusta la leche, señor Nielsen. Pero cuando olí a almendras amargas, pensé que la leche estaba descompuesta y dejé el vaso.

—Apesta.

—Sí, señor, la leche apesta.

—Usted es el que apesta, Darren. ¿Por qué no confiesa? Peggy nos ha dicho que usted trató de cobrar la deuda de John Miller. Y como en ese momento Miller no tenía dinero, acordaron verse más tarde. ¿Cierto?

—Cierto.

—Pero, cuando usted volvió, Miller tampoco le dio el dinero. Usted se puso nervioso y le golpeó. Y luego hizo algo más. Miller tenía un vaso de leche. Peggy nos ha dicho que su patrón acostumbraba a beber muchos vasos de leche durante el día, media docena, porque Miller padecía de úlcera. Usted vio el vaso de leche. Tenía el raticida a mano. Sólo tuvo que verter una ración de ese maldito producto, y obligó a beber a Miller.

—¡No, señor!

—Está bien, no le obligó. Le vertió el raticida en el vaso sin que Miller se diese cuenta, y él lo bebió por su propia voluntad.

—¡Tampoco!

—Oiga, Frank, si confiesa las cosas pueden ir mejor para usted. Palabra. Después de todo, Miller no era un santo. Sabemos que hacía algunas cosillas sucias. Seguro que usted apostó con él y hasta es posible que ganase una carrera, pero él no le pagó.

—Yo nunca aposté con él.

—Apostó con Miller durante la primera visita.

—¿Dónde está Peggy? ¡Que venga ella!

El teniente hizo una señal a Linder y éste salió de la habitación y

a los pocos instantes entró acompañando a Peggy.

La joven de busto desarrollado estaba llorando, y enjugaba sus lágrimas con un pañuelo.

—¡Oh...! ¡Oh! —dijo al ver a John Miller y empezó a sollozar.

—Cálmese, señorita Jones —le habló el teniente Dixon—. Ya no le puede devolver la vida a su jefe, pero puede ayudarnos a castigar al asesino. —Al decir eso, el teniente dirigió una mirada a Frank.

Peggy sacudió la cabeza y respiró profundamente, por lo cual su blusa se hinchó mucho.

—Está bien, teniente. Colaboraré.

—Frank Darren dice que no apostó en esta oficina.

—El señor Darren apostó cincuenta dólares a «Belle Star», que corría en San Luis. Y ganó «Belle Star».

Frank agrandó los ojos.

—¡Peggy, eso no es cierto! Usted me dio el soplo. «Belle Star» iba a ganar. ¡Pero yo no aposté!

—Señor Darren, usted me dio cincuenta dólares y me dijo: «Colóquelos a “Belle Star”».

—¡Teniente, eso no es verdad!

—Usted toma nota de las apuestas, ¿no es verdad, Peggy?

—Sí, señor.

—Traiga esa libreta.

Peggy salió en busca de la libreta.

Frank apuntó hacia la puerta por donde la joven había desaparecido.

—¡Ella miente!

—Lo sabremos enseguida.

—¡Es una embustera, teniente!

—¡Cállese ahora, Darren!

Peggy entró en la oficina con su libreta abierta, la cual entregó al teniente.

—Conque no apostó cincuenta dólares, ¿eh, Darren?

—¡No, teniente!

—Aquí está escrito claramente. Frank Darren cincuenta dólares por «Belle Star», de San Luis, que se iba a correr a las tres de la tarde... Señorita Jones, ¿a cómo se pagó «Belle Star»?

—Quince a uno. Darren apostó cincuenta dólares y ganó setecientos cincuenta.

Frank agrandó los ojos:

—Oiga, teniente, me he pasado la vida apostando a los caballos y nunca acerté.

—Por eso, cuando ganó por primera vez y Miller se negó a pagarle, usted perdió la cabeza.

—¡No, teniente! ¡Yo no tenía una maldita moneda para apostar! ¿Cómo iba a colocar cincuenta dólares a «Belle Star»?

Peggy intervino:

—Me pagó con diez billetes de a cinco dólares. Todavía los tengo en la caja. ¿Quiere que se los traiga, teniente?

—Sí, por favor.

Peggy salió de nuevo de la habitación.

Frank estaba cada vez más asombrado. Tenía la impresión de que se había metido en una trampa para ratones, porque, hasta su propio raticida, había servido para atraparle.

Peggy volvió una vez más con una caja de acero. Abrió con una llavecita ante el teniente.

—Hay doscientos dólares, teniente, y esos billetes de a cinco que ve ahí son los que me dio Frank Darren. Recuerdo que estaban arrugados.

—¡Miente! —gritó Frank—. ¡Miente y le voy a retorcer el pescuezo!

Fue a abalanzarse sobre Peggy, pero el policía Linder se interpuso en su camino y le apuntó con una pistola.

—¡Quieto, Frank, o le hago un agujero en el traje!

—¡Ella sólo está diciendo una sarta de embustes! ¡Ustedes sólo la escuchan a ella! ¿Por qué no me escuchan a mí?

—Ya tendremos tiempo de escucharle en la comisaría.

—¿Es que me van a llevar allí?

—Oiga, somos policías y nos pagan para atrapar a los asesinos.

—¡No soy un asesino! ¡Soy una buena persona! Antes de llegarme a esta oficina di una moneda de diez centavos para los pobres.

—Qué generoso. Ya ha dejado de haber pobres.

—Es que no tenía más dinero.

—Usted tenía cincuenta dólares para invertir en «Belle Star».

El teniente Dixon habló con voz amistosa:

—Frank, el señor Miller le hizo una sucia faena. Le dijo que no

le pagaría un solo centavo de la apuesta que usted había ganado. Palabra que eso estuvo muy feo —miró el cuerpo de Miller como si el muerto lo pudiese oír—. Sí, señor Miller, eso estuvo francamente feo —volvió a mirar Frank—. Apuesto a que el señor Miller se rió en su barba, Frank.

—No tengo barba.

—Quiero decir que se rió en su cara y usted no lo pudo soportar y...

—No continúe, teniente. No va a conseguir que confiese nada.

—Está bien, Darren. Lo detengo en nombre de la ley. Todo lo que diga a partir de ahora será usado en su contra. Tiene derecho a un abogado.

—¡Quiero a Roy Williams!

—Está bien. Ya le telefonearemos desde la comisaría.

—No pueden telefonarle porque no tiene teléfono y, además, Roy no es ningún abogado.

—¿No es abogado? ¿Qué se ha buscado como defensor? ¿Un veterinario?

—Sólo quiero a Roy Williams. Es mi socio y mi amigo.

El teniente Dixon entornó los ojos.

—Me alegro que confiese que tiene un cómplice.

—¡Roy Williams no es un cómplice! ¡El no tiene nada que ver con esto!

—De acuerdo, mató a Miller por cuenta propia. Pero, dígame, ¿dónde está ese Roy Williams?

—Con una pelirroja.

—¿Y dónde está la pelirroja?

—¿Sabe una cosa, teniente? Si lo hubiese sabido, a estas horas yo no estaría aquí.

—De acuerdo, Frank —señaló a Linder—. Espóselo y en marcha.

Linder puso las esposas a Frank y lo empujó hacia la puerta.

Frank se detuvo ante Peggy Jones.

—¿Por qué ha hecho esto, Peggy?

La joven se puso a sollozar.

—Mató a mi jefe... Lo asesinó... —Otra vez se llevó el pañuelo a los ojos.

—Peggy —dijo Frank—. ¿Por qué inventó esa historia de la apuesta? Dígales la verdad. Que yo no aposté y que sólo vine a

cobrar la deuda que Miller tenía pendiente.

Peggy volvió a sollozar.

—¡Oh, mi jefe!... ¡Oh, mi jefe!

Linder cogió por el brazo a Frank.

—Vámonos de una vez, Darren. Continuaremos hablando en la comisaría.

—¿Y quién va a hablar con Peggy Jones?

—Ella ya nos dijo todo lo que no tenía que decir y, si queremos saber alguna cosa más, se lo preguntaremos.

Y de esa forma, Frank Darren fue detenido por haber dado muerte a John Miller, usando como veneno el cianuro en un vaso de leche.

CAPÍTULO IV

Roy Williams no estaba con una pelirroja.

Ella era morena y se llamaba Jenny Roland.

Pero podía pasar por pelirroja, por rubia platino o por rubia trigueña, gracias a su juego de pelucas. Ahora no tenía ninguna peluca, sino su cabello natural, que era de un negro brillante, como la piel de un zorro negro.

—Nunca he conocido a un hombre como tú, Roy.

—Y yo nunca he conocido a una mujer como tú, Jenny.

Se dieron un beso.

Estaban en el sofá.

Enfrente, en la televisión, estaban pasando un telefilme de *cow-boys*

. El protagonista ya llevaba ocho muertos en su haber.

Roy había tenido mucho amor y ahora estaba interesado en lo que pasaba en la pantalla.

—Roy, no me haces caso.

—Claro que sí, cariño. Yo te hago a ti mucho caso.

—Pues deja en paz la televisión y demuestra que soy para ti una personita importante.

Se habían conocido tres días antes en un bar. Ella era una mediocre cantante, pero tenía una figura prodigiosa, con muchas curvas.

—¿Qué te llamó de mí la atención, Roy?

—Tu voz.

—Caradura —rió Jenny.

Se cortó el telefilme y en su lugar apareció un locutor.

—Señoras y caballeros, pedimos disculpas por la interrupción de nuestro serial *Todos murieron menos uno...* Acabamos de recibir un

boletín de nuestro corresponsal de sucesos. Ha sido capturado un peligroso asesino, un hombre que ha matado usando el cianuro, justamente un paquete de «Asesi-Ratonín».

Roy dio un respingo.

—Caramba, qué coincidencia.

—¿Qué pasa, Roy?

—Que yo he vendido toneladas de ese producto con mi amigo Frank Darren.

—Entonces, alguna de tus clientes decidió usar la cosa ésa para cargarse a su maridito y heredarlo.

El locutor seguía diciendo:

—El peligroso asesino ya está en manos de la justicia. Una vez más se demuestra que nuestros policías están preparados para luchar contra el crimen. Este servicio verdaderamente sensacional se debe al teniente Harry Dixon, de la Brigada de Homicidios, secundado por los agentes Charles Nielsen y Richard Linder, ya que sorprendieron al asesino in fraganti. Y ahora, para ustedes, y en un servicio exclusivo patrocinado por el postre ideal Flan japonés «Dun-Din-Don», van a ver ustedes la fotografía del asesino.

Desapareció el locutor y apareció el peligroso criminal.

Roy se quedó con la boca abierta porque en la pantalla estaba su amigo Frank Darren, con una cara que daba lástima, porque estaba a punto de echarse a llorar.

Sin embargo, el locutor dijo:

—Como ustedes podrán observar, la cara de Frank Darren es la del perfecto criminal. Observen sus ojos, en donde arde el brillo de la codicia y los deseos de matar. Observen esa boca que se tuerce por las comisuras, en un gesto de terrible determinación y de frialdad.

Roy saltó del sofá cuando Jenny lo iba a besar en la boca y la joven besó en su lugar el almohadón.

—Eh, Roy, ¿qué haces?

—¡El asesino!

—Conque acerté. Fue un cliente al que vendiste el cianuro.

—¡Es mi amigo y socio Frank Darren!

—Demonios, con qué gente te juntas, Roy.

—No, Jenny, Frank Darren es tan bueno como el pan.

—Menos mal que no me lo sirvieron hoy con los bollos.

—Frank es incapaz de matar a una mosca.

—Pues parece bastante bruto.

—Es sólo un hombre fuerte con el espíritu de un niño.

—Vaya con el niño.

El locutor seguía hablando:

—Hasta ahora la policía no ha conseguido hacer confesar su crimen al asesino. Pero las pruebas contra Frank Darren no admiten dudas.

Roy ya estaba corriendo hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Roy?

—En busca de Frank.

—No seas tonto. Te atraparán como cómplice.

Pero Roy ya había salido del apartamento.

Media hora más tarde, entraba en la comisaría. Preguntó a un agente por el teniente Harry Dixon, y el agente le contestó perezosamente que el teniente tenía mucho trabajo.

—Traigo noticias sobre el asesino Frank Darren.

Dio resultado porque enseguida fue conducido a presencia de Dixon.

El teniente intentó abrir la boca, pero Roy no lo dejó:

—Teniente, si usted es un buen policía, yo soy Papá Noel.

—Pues póngase las barbas antes de que lo arroje a patadas por la puerta. No admitimos bromistas. Y dígame pronto quién es usted.

—Roy Williams.

Dixon arrugó el ceño.

—De modo que es el amigo...

—Sí, soy el amigo.

—Frank Darren no sabe decir otra cosa: «Que me traigan a Roy»... «Que me traigan a Roy». Llegué a pensar que fuese usted un personaje ficticio.

—Pues ya ve que soy de carne y hueso, teniente.

—¿Tuvo algo que ver con el asesinato de John Miller?

—Claro que no. Pero tampoco Frank Darren tuvo nada que ver.

—Déjeme que le haga una pregunta, señor Williams.

—Adelante, teniente, y, por favor, no me aplique el tercer grado.

—Su chiste no tiene ninguna gracia, pero lo pasaré por alto porque prefiero que me conteste... ¿Dónde estaba usted cuando mataron a John Miller?

—Con una chica. Su nombre es Jenny Roland y canta en el club Oasis.

—¿Desde cuándo no ve a Frank Darren?

—Usted sólo habló de una pregunta.

—¡No se haga el gracioso y responda!

—No veo a Frank desde hace tres días.

—Entonces, lárguese.

—¿Cómo ha dicho, teniente?

—¡Que se largue!... ¡No lo necesitamos para nada!

—Si no me escucha, tendrá que sacarme a rastras.

Dixon se levantó del sillón.

—¿Qué es lo que quiere, Williams?

—Un informe completo de lo que pasó y hablar con Frank.

—¿Quiere usted tomar una taza de chocolate?

—Preferiría un vaso de *whisky*. Y no se enfade. Esta vez fue usted el del chiste.

—De acuerdo, Williams. Le voy a dar el informe y, si es usted la mitad de listo de lo que pretende ser, se dará cuenta de que su amigo se puso la soga al cuello.

El teniente Dixon le pasó un par de folios mecanografiados.

Roy los leyó atentamente y más tarde dijo:

—Falta la firma de Frank.

—No ha querido firmar hasta que usted se presentase.

—Pues ya estoy aquí y quiero hablar con Frank.

—También se lo voy a permitir. Quiero que le convenza para que firme su confesión, y todo irá mejor para él.

Roy se limitó a soltar un gruñido.

El teniente lo llevó a la celda donde se encontraba Frank Darren, y un carcelero abrió la reja.

Frank Darren estaba tendido en un camastro y se levantó de un salto.

—¡Roy, por fin apareciste!... ¡Mira lo que han hecho conmigo!

Roy le puso una mano en el hombro.

—No te preocupes, Frank. Yo te sacaré de esto.

El teniente soltó una risita.

—¿Y cómo lo va a conseguir? ¿Echando abajo los muros?

—¿Lo oyes, Roy? —gimió Frank—. Están empeñados en que yo maté a John Miller. Pero yo no lo maté. Ya estaba muerto cuando

yo llegué...

Roy se volvió:

—Teniente, ¿puede dejarnos un momento a solas?

Dixon titubeó unos instantes.

—Les daré cinco minutos.

—Muy amable.

Cuando Roy y Frank quedaron a solas en la celda, Roy dijo:

—Bien, Frank, ahora me lo vas a contar todo del principio al fin.

Y procura no olvidar nada.

Frank hizo el relato de su aventura, cómo pasó a ser un empleado de Dick Oliver para cobrar a los morosos, y de qué forma había conocido a John Miller y lo que sucedió después.

Roy le escuchó atentamente, haciendo pocas interrupciones.

—De modo que Peggy Jones afirmó que tú habías hecho una apuesta de cincuenta dólares.

—Sí, Roy.

—Demonios. Tuviste suerte. Resultó que «Belle Star» ganó la carrera. ¿Cobraste la apuesta?

—No, no me la pagó.

—Bien, yo me encargo de eso.

—¡Roy, yo no hice esa apuesta de cincuenta dólares!

—Pero, si Peggy insiste en que hiciste la apuesta, es justo que pague.

Frank tragó saliva:

—Oye, Roy, ¿crees que de ese modo me vas a sacar de aquí?

—No, pero será una forma de que yo tenga dinero.

—¿Es que ya no te queda nada de lo que ganamos vendiendo el «Asesi-Ratonín»? ¡Maldita sea, ya lo he nombrado!

—Tuve que solucionar unos cuantos problemas.

—¿Quién tenía los problemas?

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Vas a hacer algo por mí, Frank.

—¿Qué cosa?

—Te vas a acostar ahí y te dormirás.

—¿Cómo quieres que duerma sabiendo que estos verdugos me tienen en sus garras?

—Conseguiré que te pidan perdón. No firmes por nada del mundo lo que te pongan ante las narices.

El teniente Dixon apareció de pronto junto a la reja:

—¡Carcelero, abra!... ¡Usted, señor Williams, ya terminó la entrevista!

—Sabía que estaba ahí oyéndolo todo, teniente. ¿A quién quería engañar?

El carcelero abrió la reja y Roy salió de la celda.

—Te sacaré antes de veinticuatro horas, Frank.

El teniente soltó otra risita.

—¿Va a usar influencias políticas, señor Williams?

—No tengo influencias políticas.

—Entonces, ¿cómo piensa sacar a su amigo?

—Es la mar de sencillo, teniente. Descubriendo al verdadero culpable.

—Ése fue el mejor chiste de todos.

—Pues no veo que se ría.

Roy fue a marcharse, pero el teniente caminó detrás de él y lo detuvo cogiéndole del brazo.

—Espere un momento, Williams.

—¿Qué quiere ahora, teniente?

—¿Es usted investigador privado?

—No.

—Sin embargo, quiere enredar y hacemos la competencia.

—Teniente, sólo soy un ciudadano de un hermoso país que se llama los Estados Unidos. Tenemos una hermosa Constitución y los ciudadanos del país tienen unos hermosos derechos. ¿Me suelta el brazo y me deja que me vaya a la hermosa calle? ¿O prefiere que llame a un feo abogado?

El teniente dejó libre a Roy Williams.

CAPÍTULO V

Roy Williams abrió sin llamar la oficina de John Miller.

—Buenos días, encantadora señorita.

Peggy Jones, que estaba revolviendo el contenido de un cajón del archivo metálico, se volvió bruscamente.

—¿Quién es usted?

—Me dijeron que ésta era una oficina de apuestas y vine a hacer la mía.

—Hoy no funciona.

—¿Por qué no?

—¿Es que no se ha enterado? Han asesinado a nuestro jefe.

—¿Es posible?

—Sí, señor, pero ya atraparon al asesino.

—Menos mal que no la mataron a usted, una muchacha tan maravillosa.

—¿De verdad se lo parezco?

—Nunca había visto unos ojos tan verdes como los suyos. En fin, tendré que apostar mis doscientos dólares en otra parte.

—¿Ha dicho doscientos dólares?

—Es lo que acostumbro a apostar.

—Bueno, quizá lo podría arreglar.

—¿De qué forma, señorita?

—Verá, aunque asesinaron a nuestro jefe, puedo hacer una excepción con usted.

—¿Quiere decir que podrá tomar mi apuesta?

—Creo que lo podré solucionar. ¿Su nombre, por favor?

—Alan Watson. Y apuesto por «*Gin-Gin*», cuarta de Miami.

—Perdone, señor Watson, pero ya comprenderá que esto es confidencial. Quiero decir que debo ir a la oficina de al lado para

hacer una llamada.

—Oh, no se preocupe por mí. Haga lo que tenga que hacer.

Peggy le dirigió una sonrisa y desapareció por la puerta del fondo.

Apenas Roy hubo quedado a solas, corrió al cajón del archivo en que Peggy Jones había estado manipulando.

Se encontró con fichas de nombres, direcciones y cantidades que correspondían a dólares. Naturalmente, eran apostadores. Las había por docenas. Pero había una ficha encima del armario metálico. La de una tal Susan Foster. Tenía anotadas cuatro apuestas por mes, desde hacía seis meses, y las cantidades siempre eran las mismas. Cien dólares. En el casillero de la profesión se decía secretaria y trabajaba en la firma El Paraíso, Arte y Decoración.

En aquel momento se abrió la puerta y Peggy sorprendió a Roy con la ficha en la mano.

—Eh, ¿qué hace usted?

—Echar un vistazo.

—¿Por qué?

—Me gusta ver cómo trabaja una agencia de apuestas.

Peggy ya no tenía el rostro tan alegre como antes. Había arrugado el entrecejo.

—He hecho su apuesta, señor Watson. Deme los doscientos dólares.

—Descuéntelos de los setecientos cincuenta, y de esa forma sólo me tendrá que entregar quinientos cincuenta.

—¿De qué me está hablando?

—De la apuesta de Frank Darren sobre «Belle Star». ¿O me va a decir que Frank Darren no hizo la apuesta?

Peggy se puso pálida.

—¿Quién es realmente usted?

—Roy Williams, socio de Frank Darren.

—Señor Williams, lo que usted acaba de hacer es una porquería.

—¿Y cómo calificaría usted lo que hizo a mi amigo? Está preso, acusado de asesinato.

—Su amigo mató a mi jefe.

—Vamos, señorita Jones, ahora estamos solos. La policía no nos puede escuchar. Usted inventó la apuesta de Frank. ¿Por qué?

—¡Déjeme en paz y lárguese...!

—¿Ya no me va a exigir los doscientos dólares?

—Los pagaré de mi bolsillo.

—Es muy generosa. ¿Cuánto gana aquí?

—Ya no gano nada porque murió el jefe.

—Sin embargo, usted continúa en esta cueva. ¿Por qué no la cerró y se largó a su casa? Está metida en un lío, Peggy, y me da en la nariz que se trata de algo que puede ser muy peligroso para usted.

—Oiga, señor Williams. Ya soy mayorcita y sé cuidarme.

—¿Por qué asesinó a John Miller?

Peggy se quedó un momento seria y de pronto lanzó una carcajada.

—Señor Williams, ese camino no le llevará a ninguna parte. ¿Es así como piensa librar a su amigo del cargo de asesinato?

—De acuerdo, usted tampoco lo hizo. Pero, dígame, ¿qué es lo que sabe acerca del crimen?

—Ya le dije a la policía todo lo que sé.

—Les mintió para hacerles creer que el pobre Frank mató a su jefe. Pero usted y yo sabemos que Frank no hizo ese trabajito con el veneno.

—Señor Williams, me aburre.

—Lo siento, pero la voy a seguir aburriendo.

—Si no se marcha de aquí, llamaré a la policía.

—Haré un pacto con usted. Mantendré la apuesta por ese caballo «*Gin-Gin*», a condición de que me liquide el resto de lo que ganó Frank Darren.

—No le voy a dar nada.

—Peggy, ¿se da cuenta de que no tiene más remedio que pagarme para mantener su teoría ante la policía? Usted tomó la apuesta de Frank. Está escrita en una libreta, y apuesto a que esa libreta fue confiscada por la policía.

—Sí.

—Tiene que pagar entonces.

—De acuerdo, le pagaré, pero tendrá que firmarme un recibo en nombre de Frank Darren.

—Muy bien.

Peggy se sentó ante su mesa y redactó a máquina el recibo.

Roy lo leyó.

—Firme —dijo Peggy.

—Primero el dinero.

—¿No se fía de mí?

—No, Peggy, no me fío de usted.

—Es muy sincero.

—Con las mujeres siempre lo soy.

Peggy abrió su bolso y extrajo un montón de billetes, de los cuales apartó un fajo.

—Cuéntelos, señor Williams. Cerciórese de que son quinientos cincuenta.

—Con mucho gusto.

Roy contó el dinero y sonrió a Peggy.

—Están justos.

—Ahora firme.

Roy firmó el recibo y lo entregó a la joven, la cual le sonrió.

—Con esto queda probado que Frank Darren hizo la apuesta de cincuenta dólares.

—Yo firmé en nombre de Frank Darren. Ese papel no será válido ante ningún tribunal —le contestó Roy.

Peggy se puso otra vez muy seria.

—¡Deme ese dinero!

—No, querida, no se lo puedo dar, a menos que me diga por qué inventó la historia de la apuesta de Frank. ¿A quién está protegiendo?

—¡Lárguese de una vez por todas!

—Escuche, Peggy, si está protegiendo al verdadero asesino, se puede encontrar con la muerte. Y esta vez no creo que le sirvan una ración de cianuro. Es posible que prefieran acabar con usted de una cuchillada en la garganta. Es más rápido y eficaz.

—Escúcheme, sabelotodo. Yo sólo quería que el asesino de John Miller recibiese su castigo. Y el único asesino de John Miller... que conozco es su amigo Frank Darren.

—Pero como Frank no lo hizo, alguien lo tuvo que hacer. ¡Y yo voy a descubrir a esa persona!

—Si quiere perder su tiempo, piérdalo.

—Es todo mío.

Roy se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir volvió la cabeza.

—Peggy, ¿por qué no colabora conmigo?

—¿Sabe lo que le digo?

—Que me vaya al infierno.

—Es usted un buen adivino, señor Williams.

—Ojalá no sea usted la que se vaya al infierno. De todas formas, le daré una nueva oportunidad. La llamaré esta noche a su casa.

—No le di mi número.

—Antes de venir aquí lo busqué en la guía. Por si no la encontraba a usted en la oficina, ya sabe.

Roy salió sin esperar respuesta.

Tomó un taxi y viajó hasta el edificio donde se ubicaba la firma El Paraíso, Arte y Decoración.

Subió en un ascensor hasta la decimosegunda planta, y resultó que toda ella estaba ocupada por las oficinas de El Paraíso.

En una larga sala había mesas ocupadas por tres jóvenes atractivas que olían a perfume caro.

Vio estatuas griegas bien distribuidas, separadas unas de otras y las paredes lisas. Todo aquello tenía un arte griego, sobrio y clásico.

Una de las tres jóvenes obsequió a Roy con una sonrisa.

—Soy la recepcionista Anne Harrison.

—Mi nombre es Roy Williams.

—¿Qué podemos hacer por usted, señor Williams?

—Vine a hablar con Susan Foster.

La señorita Harrison no perdió la sonrisa.

—Lo siento, señor Williams, pero Susan Foster ya no trabaja para nosotros.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace una semana.

—Le traía un encargo de un familiar. ¿Sería tan amable de darme el domicilio de Susan?

—Perdone, pero tendré que consultarlo.

—Esperaré.

La señorita Harrison salió de su mesa y desapareció por una puerta.

Roy encendió un cigarrillo mientras esperaba.

Pasaron dos minutos y la señorita Harrison salió por aquella puerta.

—Señor Williams, puede pasar. Lo recibirá el señor Collins.

Roy entró en un enorme despacho que también estaba decorado en el estilo griego. Había columnas dóricas, frisos con escenas de la guerra de Troya. Pero el hombre que estaba de pie, junto a una larga mesa, no se cubría con vestimenta griega, sino con un traje gris oscuro. Tenía unos cincuenta años y, con voz un poco engolada, dijo:

—Señor Williams, la señorita Harrison me ha dicho que tiene un encargo para Susan Foster. Con mucho gusto le trasladaremos el encargo a la señorita Foster, aunque ya no trabaja para nosotros.

—Lo siento, señor Collins, pero se trata de algo personal.

Collins se quedó mirando unos instantes a Roy. Finalmente sacudió la cabeza.

—Susan Foster vive en la Calle 132 Este, número 1374.

—Gracias, señor Collins.

Roy salió del despacho y se detuvo ante la mesa de la señorita Harrison. Vio que las otras jóvenes seguían tras sus mesas, sin hacer nada.

—Parece que el trabajo no las mata —dijo.

—Hay días buenos y días malos.

—¿Y su jefe gana mucho dinero?

—Es de los mejores en su negocio.

—Pensaré en ustedes cuando compre el apartamento.

—Lo siento, señor Williams, pero será mejor que busque otra firma de decoración. Nuestros presupuestos son muy altos.

—Vaya, en los tiempos que corremos, es la primera vez que me rechazan como cliente.

—Es uno de los lemas de El Paraíso, Arte y Decoración. «Elegimos a nuestros clientes porque queremos que ellos queden satisfechos».

—Muy lindo. ¿Por qué se fue Susan Foster?

—¿Eh?

—Usted dijo que Susan fue despedida de la oficina.

—Yo no dije que fuese despedida, sino que dejó de trabajar con nosotros.

—Así que se marchó voluntariamente.

—Señor Williams, ¿por qué no hizo sus preguntas al señor Collins?

—Cuando tengo que hacer preguntas, prefiero hacerlas a

hermosas jóvenes como usted.

—Pues ya cerré la ventanilla de las consultas.

—Qué lástima. Le iba a pedir que cenase conmigo.

—Llega tarde. Tengo una lista de seis para cenar esta noche.

—¿Cenará con los seis?

—Claro que no.

—Bien hecho. Tiene un buen tipo y sería una lástima que le echase kilos. Hasta la vista.

Roy dejó a la joven sorprendida y se marchó.

CAPÍTULO VI

Tomó otro taxi y fue al número 1374 de la Calle 132 Este. Era un edificio de apartamentos. Miró en los buzones del casillero y supo que Susan Foster ocupaba el apartamento

124-C.

Subió en el ascensor y oprimió el timbre del

124-C.

No le abrieron la puerta y volvió a pulsar el timbre. Pero obtuvo el mismo resultado.

Se abrió la puerta vecina, la que correspondía al

124-B,

y salió una mujer con gafas.

—Buenas tardes —dijo ella.

—Hola.

—La señorita Foster no está.

—Soy un amigo suyo. No veo a Susan desde hace unos meses y...

—Ya hace unos días que no la veo. Pregunté al portero y me dijo que no sabe nada de ella...

—¿No tiene idea de dónde pueda encontrarse?

—No, señor. La señorita Foster y yo apenas hablábamos. Ella se mudó aquí hace cosa de seis meses. Era muy reservada, quiero decirle que no llegamos a intimar.

Roy se dio cuenta de que aquella mujer era de las que hablaban tirándole de la lengua.

—Mi nombre es Roy Williams. Estuve prometido a Susan Foster. Estábamos a punto de casarnos y pasó algo entre nosotros. Lo he pensado algún tiempo y me decidí a pedirle perdón.

La mujer de las gafas le había escuchado con gran interés.

—Lo siento, señor Williams, pero tiene usted un competidor.

—¿Ah, sí?

—Bueno, se lo digo por su bien. No es que me importe.

—Diga, diga, me hará un favor.

—Había un hombre que visitaba con frecuencia a Susan Foster. El tiene más o menos su edad, y también es bien parecido. Discúlpeme, pero creo que él pasaba bastante tiempo en el apartamento de la señorita Foster.

—¿Quiere decir gran parte de la noche también?

—Sí, señor Williams.

—¿No sabe su nombre?

—Ella lo llamaba David. Coincidimos una vez en el ascensor.

Roy puso cara de condolencia.

—¿Sabe si Susan se fue con David?

—No se lo puedo decir, pero no me extrañaría.

—Gracias, señora.

—Señorita Martha Lewis.

—Ha sido usted muy amable.

—Será mejor que olvide a Susan Foster.

—Lo siento, pero no puedo olvidarla. Me había llegado muy hondo. Y en cuanto a lo de ese David, quizá fue algo pasajero, o él venía aquí por cuestión de negocios.

—Una vez discutieron.

—No me diga.

—Sí, fue una discusión muy fuerte y, si quiere que le diga la verdad, él le pegó a ella... Bueno, no se vaya a creer que yo me paso todo el día pegada a la pared.

—Oh, no, claro. Usted oyó algo casualmente, no porque pegase el oído a la pared, sino porque los muros son muy delgados.

—Sí, señor Williams.

—¿Y qué oyó, señorita Lewis?

—Ella decía: «El negocio lo he hecho yo y soy yo quien decide lo que hay que sacar»... El entonces le decía: «Eres una estúpida, Susan. Esto es un filón, pero hay que explotarlo rápidamente para que de rendimiento».

—¿Y qué querían decir?

—No lo sé, señor Williams.

—¿Oyó algo más?

—Oh, sí, claro.

—Diga, diga, señorita Lewis, me tiene usted interesado.

—Entonces ella lo desafió.

—¿Alí, sí?

—Susan Foster le dijo: «David, voy a llevar esto a mi manera y, si no estás conforme, te largas».

—¿Y qué contestó David?

—Fue entonces, cuando él le pegó. Sonó como un cohete.

—¡Una bofetada!

—Sí, señor, y fue una buena porque ella cayó al suelo.

—¿Y qué hizo Susan?

—Se puso a sollozar y a decirle unas palabras muy feas.

—Ese canalla se las merecía. Nunca se debe pegar a una mujer.

—Lo mismo pienso yo, señor Williams. Pero ya ve lo que pasa hoy día. Algunas mujeres quieren ser iguales que los hombres. ¿Y cuál es el resultado? Que son tratadas como hombres, a bofetada limpia... La culpa es de muchas de nosotras. Pero yo soy de las que piensan que la mujer, para seguir siendo tratada como mujer, debe seguir comportándose como tal.

—Oiga, ¿sabe que eso tiene mucha filosofía?

—Gracias por admitirlo, señor Williams.

—Volviendo a Susan Foster y a ese granuja de David, ¿qué pasó después que Susan le dijo las palabras feas?

—Vino lo inconcebible... El se acercó a ella y le dijo: «Tú te lo ganaste, Susan». ¿Y sabe lo que hizo ella? ¡Echarse en sus brazos!

—¡No!

—Sí, señor Williams. Se echó en sus brazos y le dijo: «Bésame, perrito».

—¿Eso le dijo?

—Sí, señor Williams. Ya le advertí que era inconcebible.

—¿Fue el final?

—No quise escuchar más por decencia, señor Williams.

—La comprendo, y ahora más que nunca siento la necesidad de encontrar a Susan. Ese hombre, David no es nada de fiar.

—Lo siento, pero no le puedo dar información sobre el lugar en donde Susan pueda encontrarse.

—Preguntaré al portero.

—No creo que consiga nada de Ben Zarko, pero puede

intentarlo.

—Señorita Lewis, no sabe cuánto le agradezco lo que me ha contado.

Roy se despidió de la mujer con gafas y bajó en el ascensor.

El portero estaba leyendo un periódico en su cubículo.

Roy entró por el hueco.

—Hola, Ben.

El portero apartó la mirada del diario y enarcó las cejas.

—¿Qué quiere?

—He subido al apartamento de la señorita Foster.

—Ella no está.

—Sí, ya lo comprobé. Pero es urgente que la vea.

—Desapareció hace una semana.

—¿Desapareció?

—Quiero decir que se marchó y no ha vuelto.

—¿No dijo ella que se iba?

—No, no lo dijo.

—¿Cómo sabe que no está en el apartamento?

Roy arrugó la nariz.

—¿Qué idea es ésa, amigo? ¿Supone que pueda estar muerta?

—Sí.

—No oí su nombre.

—Roy Williams.

—Pues tranquilícese, señor Williams. No está muerta. Yo entré en el apartamento ayer mismo. Era mi deber. También me inquieté y pensé que podía haberle pasado algo malo. De modo que usé mi llave. Todo estaba en orden, salvo que no había nadie.

Roy sacó un billete de a cinco dólares.

—Ya le he dicho que necesito encontrar con urgencia a Susan Foster.

El portero miró el billete y se pasó la lengua por los labios.

—Susan Foster tenía un amigo.

—David. Estuve hablando con la señorita Lewis, la vecina de Susan.

El portero sonrió con ironía.

—Sí, a la señorita Lewis le gusta saber muchas cosas de los vecinos.

—Pero no sabe adónde fue Susan.

—Yo tampoco lo sé.

—Qué lástima —dijo Roy y agregó un billete de cinco dólares al que tenía en la mano.

—Pero puedo darle una idea, señor Williams.

—La oiré.

—Sé que ese David iba a un gimnasio, en la Calle 124 Este, cerca de aquí...

—¿Cómo lo sabe?

—Lo vi una vez. Fui a ver a un primo mío que es boxeador y allí estaba David Parker.

—¿Y qué hacía David Parker en el gimnasio?

—Estaba hablando con un *manager*, con Spencer Howard.

—Eso no vale diez dólares. Agregue algo más.

—No sé nada más.

—¿No sabe a qué se dedica David Parker?

—Traté de sacarle algo porque tenía relaciones con una de las inquilinas. Los dueños del edificio quieren saber qué clase de gente es la que alquila los apartamentos. No les gustan los escándalos y yo tengo que hacer mi trabajo.

Roy guardó un billete de a cinco dólares y echó el otro sobre el regazo del portero.

—Sólo se ganó la mitad.

—Usted jugó sucio, señor Williams.

—Si recuerda algo más, se gana los otros cinco pavos.

—Espere, me los voy a ganar.

—No invente nada.

—No es una invención. David Parker trabajó en el teatro. El se lo dijo a Susan Foster. Yo lo oí.

—¿Qué fue lo que Parker dijo exactamente?

—«Susan, algún día volveré a trabajar en el teatro y les enseñaré a esos imbéciles lo que es un actor».

—¿En qué compañía trabajó?

—No lo sé.

Roy le alargó el otro billete.

—Si ha mentido en algo, vendré a hacerle escupir los diez pavos. Luego se marchó.

En el gimnasio de la Calle 142 Este, había algunos boxeadores entrenándose. Unos lo hacían con guantes, en el *ring*, otros saltaban

a la cuerda, y alguno le pegaba al saco. También había *managers* y ex boxeadores jubilados. La atmósfera olía a sudor y a linimento.

—Eh, usted, ¿adónde va?

Era un hombre que estaba apoyado en la pared, el sombrero echado sobre la nuca, el cigarrillo en los labios.

—Soy Roy Williams y busco a Spencer Howard.

—Lo tiene a la izquierda, el que está con el negro.

Roy se dirigió hacia Spencer Howard, que estaba observando a un negro, el cual boxeaba sin guantes, golpeando el aire, peleando con su sombra, como se dice en el argot pugilístico.

—¿Señor Howard?

—No me entretenga ahora.

—Es importante. Busco a David Parker.

—¿Qué quiere de él?

—Me prestó cien dólares hace unos meses y quiero devolvérselos.

—¿Por qué no fue a su casa?

—Me dijo dónde vivía, pero ya olvidé la dirección.

—Calle 66, número 543.

Fue a la casa de David Parker. Preguntó al portero y eso le significó para empezar un gasto de cinco dólares.

—No he visto a David Parker en una semana —le contestó aquel portero que, como casi todos los porteros, tenía aire de cansado.

—¿Adónde fue?

—Le vi con ella.

—¿Quién es ella?

—Una chica llamada Susan Foster. Creo que eran novios o algo así.

Roy le dio otro billete de a cinco dólares.

—Quiero ver el apartamento de David Parker.

—Está bien. Pero no se llevará nada.

Roy sabía que eso quería decir que, si quería llevarse algo, tendría que pagarlo.

Entraron en el apartamento de David Parker, que era pequeño.

En la cama había una chaqueta y un pantalón. Los cajones del armario contenían ropa y encima había una maleta.

El portero había entrado con Roy en el dormitorio. Se llamaba Alex.

—Oiga, Alex, ¿sabe si David Parker tenías otra maleta?

—No, sólo tenía una. Ya ve que es bastante grande.

—No da la impresión de haberse ido de viaje.

—Cuando el señor Parker hacía un viaje, me lo decía.

—¿Y hacía muchos?

—No, hace bastante tiempo que el señor Parker no salía de la ciudad.

Roy le dio las gracias y se marchó.

Ya había hecho su deducción. Susan Foster y David Parker habían desaparecido sin dejar rastro, pero ni juntos ni separados habían tenido la idea de hacer un viaje. Y sin embargo, se los había tragado la tierra. Ya sólo podía hacer una cosa. Ir en busca de Peggy Jones, la secretaria del hombre muerto, atraparla por el cuello y hacerle escupir todo lo que no le había dicho en su primera visita.

Se metió en una cabina telefónica y marcó el número de la agencia de apuestas El Cuerno de la Abundancia, de la que era propietario John Miller, y por cuyo asesinato Frank Darren estaba en la cárcel. Oyó tres veces la señal y al fin le contestaron.

—¿Quién llama?

—Peggy, soy Roy Williams.

—¿Qué quiere?

—Peggy, usted y yo tenemos que hablar de nuevo. Le dije que se había metido en un asunto muy peligroso, y ahora no tengo ninguna duda de que la pueden liquidar en cualquier momento. Voy a reunirme con usted. Mi intención es ayudarla, de modo que no se mueva.

—De acuerdo.

—Estoy lejos. Tardaré como una media hora.

—Sí, señor Williams.

Colgaron a la otra parte y Roy miró con el ceño fruncido al teléfono. Había sido mucho más fácil de lo que esperaba. Peggy no quería colaborar, pero había cambiado de opinión.

Hizo el viaje en un taxi. No se equivocó en cuanto al tiempo porque tardó media hora en llegar.

Lo mismo que la primera vez abrió la puerta de la oficina de apuestas sin llamar.

La joven no estaba a la vista.

—Peggy —llamó.

No le contestaron y el corazón le dio un vuelco.

Corrió hacia la oficina de Miller y se coló dentro.

Peggy estaba en el suelo, boca arriba.

Se inclinó sobre ella y le tomó el pulso. Estaba muerta.

Se levantó y sus ojos se fijaron en algo que había en la mesa, algo que conocía muy bien, un paquete de aquel producto que él había vendido a domicilio: «Asesi-Ratonín». Y junto al raticida vio un vaso con restos de leche.

CAPÍTULO VII

También la habían matado con cianuro.

Soltó una maldición pensando en que Peggy le podía haber dicho muchas cosas importantes.

Pero ya era demasiado tarde.

Descolgó el teléfono y marcó el número de la policía, pidiendo comunicación con Dixon.

—¿Qué quiere, señor Williams? —Oyó la voz del teniente.

—Hay otro muerto para usted.

—No me diga.

—Tengo la víctima delante.

—¿Y quién es?

—Peggy Jones, la secretaria de John Miller.

—Ya lo suponía.

—¿Tiene una bola de cristal, teniente?

—No se mueva de ahí, y continuaremos los chistes.

—No me moveré de aquí por nada del mundo, teniente.

Roy dejó el teléfono en la horquilla y encendió un cigarrillo.

Se dedicó a registrar el bolso de Peggy, que estaba encima de un sillón. El bolso estaba abierto y eso quería decir que el asesino había buscado algo. Encontró los objetos usuales que toda mujer acostumbra a llevar, lápiz, de labios, polvera, esenciero, un pañuelo... Pero si tenía una agenda de direcciones había desaparecido. ¿Sería eso lo que buscaba el asesino?

También había un estuche con un peine. Abrió el estuche y descubrió un trozo de fotografía. En ella se reflejaba un hombre de unos cincuenta años, bien vestido, con un cigarrillo entre los dedos de su mano derecha. Detrás estaba escrito un nombre con letras mayúsculas: Lee Manners.

Roy guardó el trozo de fotografía en su calcetín, junto al tobillo izquierdo. Cerró el estuche y lo devolvió al bolso.

Fue a la oficina donde había trabajado Peggy y buscó en el archivo, pero no encontró ninguna ficha de Lee Manners.

Regresó a la habitación donde estaba la muerta.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y en ese momento oyó pasos precipitados.

El teniente Dixon apareció seguido de Nielsen y Linder.

Se detuvieron como si hubiesen encontrado un muro y miraron el cadáver de Peggy.

Roy estaba sentado en el borde de la mesa, con los brazos cruzados.

—Bien, teniente, espero que esto le sirva de lección y no vuelva a encerrar a un inocente. Y si piensa que yo fui el que maté a Peggy para probar la inocencia de Frank, es más torpe de lo que yo creía.

—¿Ya terminó, Williams?

—Casi.

—Pues déjeme que le diga algo.

—Soy todo oídos.

—Frank Darren volvió a asesinar...

Roy se quedó sin hablar. Luego rió.

—Teniente, ¿sugiere que Frank mató a esta mujer antes de que ustedes lo encerrasen? ¿O piensa de verdad que yo soy su cómplice?

—Quiero saber cuándo llegó aquí, Williams.

—Hace veinte minutos.

—¿Y no vio a Frank Darren?

—¿De qué me está hablando, teniente? Frank Darren está preso.

—Su amigo no está preso.

Roy empezó a sentir que la sangre se le helaba en las venas.

—¿Es que lo dejó libre, teniente?

—No, señor Williams. Frank hizo algo muy feo. Dejó fuera de combate a dos policías.

—¡No es posible!

—Su amigo se hizo el enfermo. Un ataque de tripa. Y los imbéciles que le cuidaban se lo creyeron. A esos carceleros les va a costar caro. Fueron engañados con el más asqueroso y viejo truco de todos los tiempos. El dolor de tripa. Lo cierto es que su amigo la emprendió a golpes con los muchachos de la mazmorra y, como es

un mulo, los coceó bien. Uno de ellos tiene la mandíbula rota, y al otro lo llevaron también al hospital con una fuerte conmoción.

Roy cerró los ojos con fuerza.

—Frank, ¿por qué me has hecho esto?

Dixon soltó una risita.

—Está claro por qué lo hizo. Vino a terminar su trabajo.

Roy abrió los ojos.

—Teniente, usted no puede pensar eso.

—Frank se empeñó en que Peggy Jones había inventado lo de la apuesta.

—Claro que lo inventó.

—Levante las manos. Roy.

—¿Para qué?

—Regístralo, Linder... ¿Lo oyó, Williams? ¡Para eso quiero que levante las manos! ¡Para registrarlo!

Linder fue al lado de Roy y, sin esperar a que éste levantase las manos, le metió la mano en los bolsillos.

—Aquí tiene un papel.

El teniente se lo quitó de las manos y lo desdobló leyendo su contenido.

—Conque no había apuesta. ¡Este recibo dice lo contrario!

—Teniente, no saque falsas conclusiones. Peggy Jones insistía en que Frank Darren había colocado cincuenta dólares a «Belle Star», y le exigí el premio. Yo estaba sin blanca.

—Para mí, esto sólo prueba una cosa. Que su amigo hizo la apuesta y que Peggy tenía razón.

—¿Y por qué iba a matar Frank a Peggy?

—Vamos, señor Williams, no nos chupamos el dedo. Tenemos la historia completa. Frank Darren mató a John Miller porque no le quiso pagar.

—Pero hay una contradicción con respecto a la muerte de Peggy, puesto que ella me pagó a mí.

—Yo le diré lo que pasó. Después de escapar, Frank Darren vino aquí, pero no le dio tiempo a Peggy a decirle que le había pagado a usted. O quizá Peggy se lo dijo, pero él no lo creyó.

El teniente se acercó a la mesa y, valiéndose de un pañuelo cogió el paquete de raticida y con voz de vencedor, prosiguió:

—Frank volvió a emplear esta porquería para acabar con su

víctima —señaló el vaso de leche—. Y sirvió la ración lo mismo que a Miller.

—¿Cree que Peggy iba a beber sabiendo lo que le iba a pasar?

—Frank es muy fuerte. Le debió resultar fácil obligarla a beber. Ya sabemos nosotros la fuerza que tiene su amigo Frank. Que se lo pregunten a los dos carceleros que están en el hospital.

—Teniente, es lo más fantástico que he oído en mi vida.

De pronto se oyeron gritos.

Y entre los gritos Roy reconoció la voz de Frank Darren:

—¡Déjenme tranquilo...! ¡Soy inocente!

Un policía entró empujando a Darren con una pistola.

Frank no vio al pronto a Roy y se puso a gritar:

—¡Quiero ver a Roy Williams!

Dixon le contestó con ferocidad:

—Aquí tiene a su amigo, Frank. Pero tampoco esta vez le va a servir de nada.

Frank descubrió a Roy Williams.

—¡Roy! ¡Otra vez volvió a ocurrir!

—Sí, eso fue lo que le dije al teniente.

—¡Yo no la maté!

Dixon le apuntó con el dedo.

—Cierra el pico, Frank. Yo soy el que hace las preguntas —el teniente miró al policía que acababa de atrapar a Frank—. ¿Dónde lo encontraste, Nielsen?

—Trataba de escapar por la escalera de incendios. Llegué justamente al callejón para impedir que echase a correr y le di el alto...

El teniente Dixon volvió a sonreír.

—Frank, ¿a qué viniste a este edificio?

—Olvidé algo.

—¿El pañuelo?

—¿Qué es lo que olvidé, Roy? —gimió Frank.

El teniente contestó antes de que lo hiciese Williams.

—Olvidaste matar a Peggy Jones.

—¡No, teniente!

—Entraste aquí y la obligaste a ingerir el veneno.

—¡Yo no he traído veneno...! ¡Lo juro...!

—Entonces, ¿a qué viniste a la oficina?

—Sólo quería rogarle a Peggy que dijese la verdad. Que yo no había hecho la apuesta.

—Estupendo. Entraste aquí y hablaste con ella.

—No, señor. No la vi. Y fui a la oficina de Miller y allí estaba ella, tal como está ahora. Más muerta que mi abuela...

—Eso apesta.

—Roy —dijo Frank—. ¿Tú me crees, verdad?

—Claro que te creo. Pero lo complicaste mucho escapándote.

—Tenía que escaparme para probar mi inocencia.

—Ya estaba ocupándome de eso, Frank.

—¿Y qué conseguiste?

—Nada por ahora.

Dixon intervino con ironía:

—¿Han terminado de conversar entre ustedes?

—No, teniente —le contestó Frank—. Roy y yo tenemos que continuar hablando durante un par de días más.

—¡A la cárcel con él, muchachos! ¡Espósenlo y esta vez métanlo en una celda de donde no pueda escapar! ¡Y si le da un cólico, déjenlo morir!

Frank dio unos pasos hacia Williams.

—Roy, soy un imbécil...

—No, Frank, lo que hiciste, lo habría hecho yo también.

—Pero tú lo habrías hecho mejor y nunca habrías regresado aquí.

—Te equivocas. Habría vuelto a la agencia porque es aquí donde se fraguó todo el asunto. Sólo pasa que estás en una racha de mala suerte.

Dixon apretó los dientes.

—Oh, sí, Frank, estás en una racha de tan mala suerte que, cada vez que te llegas a esta agencia, matas a una persona. Pero no te preocupes. El jurado se hará cargo. Sólo te podrá condenar una vez.

—Frank —dijo Roy—, te sacaré del apuro.

El teniente Dixon se burló.

—Claro, Frank, tu amigo va a hacer un trabajo de prestidigitador. Roy Williams demostrará que tú no mataste a John Miller y a Peggy Jones. Que fue otra persona la que lo hizo.

—Sí, Dixon —asintió Roy—, es justamente lo que voy a probar.

—¿Cuándo?

—Más pronto o más tarde.

—Que sea pronto, Roy —dijo Frank.

El policía que lo amenazaba con la pistola le esposó las manos y dijo:

—Vamos al establo, ovejita.

Frank salió arrastrando los pies como un hombre vencido.

Roy dio un suspiro.

—Bueno, teniente. También yo tendré que marcharme. —Usted no se va.

—¿Qué le pasa, teniente? Acaba de decir que Frank Darren asesinó a Peggy. ¿O quiere repartir el crimen entre los dos esta vez?

—¿Qué es lo que ha estado haciendo?

—Fui por ahí a conocer a algunos ciudadanos de Nueva York.

—¿Qué ciudadanos?

—Quise encontrar a una tal Susan Foster.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Su hombre empezó a registrarme los bolsillos, pero no me registró la cartera.

Roy sacó la cartera y de ella sacó la ficha del archivo de la agencia.

—¿Qué significa? —Gruñó Dixon tras examinarla—. Sólo es una relación de apuestas.

—Exacto, señor Dixon. Susan Foster apostaba cien dólares a la semana.

—¿Y qué?

—Susan Foster ganaba unos cuatrocientos al mes, todo lo más quinientos. Y su dinero lo invertía en apuestas. Y justamente lo empezó a hacer hace seis meses. Esta ficha había sido sacada por Peggy de su lugar en el archivo, y yo se la quité.

—Todavía no sé a dónde quiere ir a parar.

—Susan Foster trabajaba en una firma de arte y decoración, El Paraíso, y hace dos semanas se despidió, según su jefe Mark Collins. Fui a hablar con ella a su apartamento y me encontré con la sorpresa de que desapareció hace una semana.

—Salió de viaje.

—No, no salió de viaje. He dicho que desapareció. Y ahí no termina todo. También desapareció su novio, un actor llamado David Parker.

—Estarán en el apartamento de él.

—Fui también al apartamento de Parker y no lo encontré. Tenía su maleta y hasta su traje encima de la cama. No, teniente. Tampoco David Parker pensó hacer un viaje. Pero él y su novia Susan Foster se convirtieron en humo.

—¿Qué infiernos tiene que ver con los crímenes?

—¿Es que no lo ve, teniente? Hay una relación, puesto que Susan Foster era una apostadora de John Miller.

—Siga con su actuación, Williams.

—¿Le interesa?

—Sólo quiero oír el final.

—John Miller le dijo a Frank que hoy iba a cobrar diez mil dólares y que, de esa cantidad, le pagaría a Frank la deuda que había contraído al comprar las máquinas de escribir. ¿O es que ya ha olvidado que Frank Darren vino aquí sólo porque quería cobrar a un moroso? No vino a apostar, señor Dixon.

—Ya comprobamos eso. Dick Oliver confirmó que había contratado a Frank, que le entregó una relación de morosos. El primero era John Miller.

—¿Comprobó también que Frank Darren había cobrado a otro moroso después de hablar con Miller?

—Sí, los policías nos ocupamos de comprobar las coartadas.

—Entonces, Frank tenía una coartada.

—Cuidado —terció Dixon—. No es una coartada. Frank tuvo tiempo de hacerlo todo. De ir a cobrar a Barry Preston, y matar a Miller después.

—Teniente, estoy seguro de que John Miller murió por esos diez mil dólares que esperaba cobrar.

—¿Creyó de verdad que un tipo como Miller iba a cobrar diez mil dólares de una sola sentada?

—¿Por qué no?

—Una herencia, ¿eh?

—No, no he pensado en la herencia.

—¿Y en qué ha pensado?

—En un negocio sucio. Tan sucio que ya ha ocasionado dos muertes, porque Peggy estaba al corriente de lo que John Miller tenía entre manos. No me lo quiso decir y eso le costó la vida... Traté de advertírselo, pero ella no me quiso escuchar.

—Está fantaseando, Roy Williams. No hay ni una pizca de solidez en lo que dice.

—Ordene la busca de Susan Foster y David Parker. Si los encuentra, empezaremos a saber por qué murieron John Miller y Peggy Jones.

—No puedo hacer tal cosa.

—¿Por qué no?

—No puedo poner en marcha a toda la policía para buscar a unos tipos contra los que no tenemos nada. Suponga que los encontramos. ¿Qué clase de preguntas o de cargos les haría yo? Tendría que soltarlos enseguida. Y en la hora siguiente, el comisionado pediría mi dimisión. Puedo oír sus gritos: «Teniente, Dixon, ¿cómo es capaz de poner en marcha a toda la policía de Nueva York en busca de un hombre y una mujer contra los que no tiene nada? ¿Es así como gasta el dinero de los contribuyentes?».

—De acuerdo, teniente. Yo me ocuparé de eso.

Roy echó a andar para salir de la estancia, pero uno de los policías, Richard Linder, le interrumpió el paso.

—Usted también está detenido y no se puede marchar.

Roy volvió la cabeza.

—Teniente, ¿qué dice a eso?

—¡Lárguese!

Linder protestó:

—Teniente, creo que Williams está demasiado relacionado con el segundo crimen.

—¡Cierra la bocota, Linder! ¡Y usted, Williams, apártese de mi vista!

Roy le sonrió y salió de la oficina, en donde el asesino había servido la segunda ración de cianuro.

CAPÍTULO VIII

Roy Williams entró en una Biblioteca Pública y pidió el *Quién es quién*. De esa forma, supo quién era Lee Manners. Se insertaba una fotografía del mismo, aunque distinta a la que él había encontrado en el bolso de la asesinada Peggy Jones.

Lee Manners había trabajado durante la década del sesenta en la oficina de relaciones exteriores del Departamento de Estado. Había formado parte de una docena de comisiones que negoció con países como Rusia, China Socialista y Polonia. En el año 1969 había pedido el retiro voluntariamente, el cual se le había concedido.

Roy se metió en una cabina telefónica y marcó el número de la casa de Lee Manners.

Escuchó la voz de una mujer que le habló con mucha suavidad.

—¿Quién llama?

—Roy Williams. Quiero hablar con el señor Manners.

—Mi marido se encuentra un poco indispuesto. Puede transmitirme el recado. Yo se lo pasaré.

—Lo siento, señora Manners, pero es un asunto personal.

—Entonces, tendrá que esperar tres o cuatro días.

—También es un asunto urgente.

La señora Manner vaciló y al fin dijo:

—Espere un momento.

Roy esperó como dos minutos y, al cabo de ese tiempo, oyó una voz ronca:

—¿Señor Williams? Me parece que no tengo el gusto de conocerle.

—Nunca fuimos presentados.

—¿Entonces?

—Tengo la fotografía.

—¿La fotografía? ¿Qué fotografía?

—Usted sabe cuál es.

Roy estaba hablando al azar porque no sabía qué significaba aquel trozo de fotografía en donde se reflejaba Lee Manners.

—Señor Williams, no sé qué es lo que se propone.

—Señor Manners, usted sabe perfectamente lo que yo deseo.

—Me aseguraron... —Manners se interrumpió.

—Continúe, señor Manners, ¿qué es lo que le aseguraron?

—Esto es muy irregular, señor Williams y tendré que protestar.

—No se admiten las protestas.

—Esta vez sí.

—Le repito que tengo la fotografía.

—Oiga, señor Williams, ¿por qué no me llama dentro de unos minutos?

—De acuerdo.

Roy oyó que colgaban a la otra parte y él lo hizo también.

Estaba poniendo una bomba, como cuando hacía el servicio en el ejército y se entrenaba en la colocación de minas, que más tarde los especialistas se encargaban de desconectar.

Ésa es la maldita impresión que tenía. Estaba minando el suelo que él iba a pisar, y en cualquier momento podría saltar por los aires. Pero no tenía otro camino para desenmascarar a los asesinos de John Miller y Peggy Jones.

Fumó un cigarrillo y, cuando lo terminó, volvió a marcar el número de Lee Manners.

Oyó la voz de Manners porque debía haber estado esperando la llamada.

—Aquí, Williams.

—Señor Williams, tal como yo esperaba, esto es totalmente irregular. Han dicho que usted debe establecer contacto con ellos.

—¿Ellos?

—Usted sabe quiénes son ellos.

—Oh, sí, desde luego.

—Todo lo suyo me parece muy extraño, señor Williams.

—Pero tengo la fotografía.

—Me han asegurado que usted no puede tener la fotografía. Y ahora discúlpeme. Si usted tiene algo que agregar, tendrá que presentar su queja ante ellos.

Manners colgó.

Roy permaneció pensativo unos instantes y se decidió a ir en busca de «ellos». Viajó en un taxi y otra vez subió en el ascensor que lo dejó en la planta donde se ubicaba la firma El Paraíso, Arte y Decoración.

Las tres guapas chicas estaban en sus mesas y aprovechaban su tiempo en pintarse los labios y arreglarse las uñas.

—Hola, señor Williams —le saludó Anne Harrison—. ¿Cómo le va?

—Pensé en que me convendría pedir un presupuesto aunque fuese alto. Ese lema de ustedes me conmovió.

—No sé si el señor Collins podrá recibirle ahora.

—Inténtelo.

Anne abrió la llave de Un interfono.

—Señor Collins, aquí está el señor Williams. Viene para pedir un presupuesto.

—Puede pasar.

Roy obsequió con una sonrisa a Anne.

—¿Lo ve? Su jefe y yo vamos a hacer un negocio.

—Yo me alegraré.

—No se moleste, ya sé el camino.

Roy entró en el despacho de Mark Collins, el cual no estaba de pie, sino detrás de una mesa consultando unos papeles.

—Siéntese, señor Williams.

Roy ocupó un sillón de cuero y no dijo nada.

Collins continuó examinando los papeles.

Tras unos minutos de silencio, apartó la mirada y dijo con voz indiferente:

—¿Qué es lo que quiere que le decoremos?

—Mi casa de campo —contestó Roy, que no tenía ninguna casa de campo.

—¿Dónde está?

—En la Riviera francesa, conforme se va a Cannes, torciendo un poco a la izquierda.

Collins miró a Roy. Tenía las cejas enarcadas.

—¿Usted tiene una casa en la Riviera francesa?

—No, pero la pienso tener.

—¿A qué se dedica, señor Williams?

—Soy vendedor a domicilio.

—¿Y qué es lo que vende?

—He vendido de todo. Basureros higiénicos con bolsas de plástico. ¿Quiere uno, señor Collins? Son estupendos. Toda la basura se cierra en bolsas y no contamina la atmósfera. Es un gran adelanto, porque hay que ver la basura que hoy se encuentra uno a su alrededor.

—¿Y ha ganado dinero con eso?

—He vendido otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Raticida. Es un producto bastante bueno. Se llama «Asesi-Ratonín». Ratón que pega una chupada de la sustancia, ratón que la palma.

—Es muy interesante todo cuanto dice, pero no creo que haya ganado tanto dinero vendiendo esa porquera como para comprar una casa en la Riviera francesa.

—Bueno, ahora me voy a dedicar a vender otra cosa.

—¿El qué?

—Fotografías.

—No me diga que se quiere dedicar a la pornografía...

—Tengo entendido que se gana bastante.

—Pero hay mucha competencia.

—Entiendo, uno debe dedicarse a un negocio en el que se convierta en el amo. No hay que consentir que compitan con uno. Si traían de competir, al hoyo con ellos.

—Me temo que no le entiendo, señor Williams.

—Se lo aclararé. Hay quien se dedica al chantaje en gran escala, con una hermosa oficina. Naturalmente, se ha de tener un negocio como tapadera. Y ese negocio de chantaje hay que administrarlo de acuerdo con los tiempos. Antes, el chantajista, era un vampiro sin ideas. Su único afán era pegar un buen golpe, usando la mercancía que tuviese que vender. Pero ahora las cosas se plantean de distinta forma. Todo ha de estar organizado. ¿Y por qué no había de estarlo el chantaje?

—Señor Williams, me aburre.

—Cuánto lo siento.

—La primera vez vino aquí preguntando por Susan Foster.

—Sí.

—¿La encontró?

—No.

—Y ahora se presenta hablando en jeroglífico.

—Ande, diga que soy un tipo la mar de extraño.

—¿No lo es?

Roy se levantó.

—Iré a ver a Lee Manners.

—¿Lee Manners? Es nuestro cliente.

—Vaya, qué casualidad.

—Le decoramos su casa.

—Apuesto a que le hizo un presupuesto muy alto.

—La casa del señor Manners tiene veinte habitaciones y le decoramos otras cosas.

—¿Por cuánto?

—Señor Williams, no acostumbro a dar cifras a personas no relacionadas con nuestros clientes. Ése es su caso. Usted no tiene ninguna relación con Lee Manners.

—La tengo.

—¿En qué consiste esa relación?

—La fotografía.

Collins sonrió.

—¿Otra vez va a empezar con eso?

—La fotografía, señor Collins —repitió Roy.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

—Espere un momento, señor Williams.

Roy se volvió.

—¿Quiere agregar algo?

Collins tabaleó con los dedos en la mesa.

—Suponga que me interesa la fotografía.

—Ya está supuesto.

—¿Por qué cantidad estaría dispuesto a entregarla?

—Ponga usted el precio, señor Collins.

—¿Por qué he de ser yo?

—Fue usted el que inició este diálogo acerca del precio.

—Cinco mil.

—Demasiado barato.

—Diga usted ahora una cantidad, señor Williams.

—Veinticinco mil.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos. Collins dio un suspiro.

—Señor Williams, déjeme pensarlo.

—¿Cuánto tiempo necesita para pensarlo?

—Hasta mañana.

—No sé si me conviene.

—Sólo puede hacer negocio conmigo.

—¿Por qué no con Lee Manners?

Collins extendió la mano apuntando a Roy.

—No complique las cosas, Williams. Sería muy grave para todos.

—¿Para todos?

—Para usted y para nosotros, señor Williams.

Roy pareció pensar durante unos segundos.

—De acuerdo, Collins. Esperaré a mañana.

—Llame anunciando su visita.

Roy hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pero recuerde que no bajaré un dólar de los veinticinco mil.

Abrió la puerta y salió del despacho de Collins.

Anne Harrison le sonrió enseñándole unos dientes muy blancos y parejos.

—Señor Williams, tengo una grata noticia para usted.

—¿Sí?

—Podríamos cenar juntos esta noche.

—¿Dónde?

—¿Qué le parece si nos vemos en El Gallo de Oro?

—¿Dónde está?

—Es un restaurante de las afueras, en la carretera del Este. Un rincón maravilloso y tranquilo. Creo que le gustará.

—Podría ser.

—¿Nos vemos allí a las siete?

—Nos vemos allí —le contestó él.

Y luego Roy hizo lo que tenía que hacer. Se dirigió a la casa de Lee Manners.

Vivía en una casa de la Quinta Avenida.

Le abrió un mayordomo muy alto, con aspecto de inglés.

—Los vendedores por la puerta de servicio —dijo después de echarle una ojeada.

—Dile a tu amo que Roy Williams está aquí.

—Lo siento, pero el señor Manners no recibe visitas.

En aquel momento oyó la voz de una mujer:

—¿Qué pasa, Edgard?

—Es el señor Roy Williams, señora Manners.

Roy vio aparecer junto a Edgard a una mujer muy hermosa, de unos treinta y cinco años. Era pelirroja como Shirley Mac Laine, bella como Elizabeth Taylor, con el busto de Raquel Welch y las piernas de Cyd Charise.

—Pase, señor Williams.

—Gracias.

—¿Quiere acompañarme?

—Cómo no.

Fueron a una gran biblioteca donde no había nadie.

La señora Manners cruzó los brazos bajo los senos y levantando la barbilla, dijo:

—¿Qué clase de canalla es usted?

CAPÍTULO IX

Roy Williams estaba muy serio.

—Es usted muy bonita —dijo.

Los ojos de la señora Manners destellaron intensamente.

—¿Qué clase de granuja es usted?

—Ya veo que el señor Manners se llevó lo mejor del mercado.

La pelirroja le quiso soltar una bofetada, pero no se movió con bastante rapidez y Roy la pudo sujetar por la muñeca.

Llevada por su impulso, el hermoso cuerpo de la señora Manners golpeó contra Roy, y él la mantuvo muy cerca de sí.

—Señora Manners, no soy el canalla y el granuja que usted cree.

—¿Y qué es usted?

—Un tipo cualquiera que se metió en un feo asunto.

—Continúe.

—Trato de ayudar a su esposo.

—No le creo.

—Están chantajeando al señor Manners... Y yo no pertenezco a la organización. Sólo me relacioné con ella de un modo casual. Asesinaron a dos personas, y un amigo mío está en la cárcel acusado de los dos crímenes. Mi amigo necesita ayuda y su marido necesita ayuda. Yo soy la persona que puedo prestar ayuda a ambos.

—¿A qué vino aquí?

—Quiero saber toda la verdad.

—Márchese, señor Williams.

—Sé que a su marido le chantajea por medio de una fotografía.

La joven sonrió.

—Pero usted no tiene la fotografía.

—La tengo.

—Enséñemela.

Roy dejó libre a la hermosa pelirroja. Se subió la pernera del pantalón y sacó del calcetín la fotografía de Lee Manners.

La señora Manner cogió la fotografía y la dejó caer al suelo.

—Usted no tiene nada, señor Williams. Eso no vale ni un dólar.

—Le he enseñado mi juego, señora Manners. Ya imaginé que la fotografía no valía la pena, puesto que estaba cortada. Justamente fueron a cortar la parte que podría resultar peligrosa para su esposo.

—Adiós, señor Williams.

—Le estoy ofreciendo la última oportunidad para que su esposo rompa las cadenas.

—Usted no puede hacer nada.

—Puedo hacer mucho. Acabaré con esa gentuza.

—Déjenos vivir en paz, señor Williams.

—¿Llama vivir en paz a seguir pagando un repugnante chantaje?

—Es asunto nuestro.

—Por lo visto, tiene mucho dinero.

—Lo tenemos.

—¿Por parte de su esposo o por parte de usted?

—Mi esposo ha ganado mucho dinero y mi padre es millonario, señor Williams.

—Ya veo que eligen bien a sus víctimas.

—Estamos de acuerdo con las reglas del juego.

—¿Se da cuenta de que es un juego en el que hay también asesinos?

—No hemos matado a nadie.

—Pero ellos sí.

—No tenemos nada que ver con eso.

—Ustedes tienen que ver, porque el destino quiso que dos asesinatos girasen alrededor del chantaje de que está siendo víctima su esposo.

—No puede probar tal relación.

—Claro que lo probaré.

—¿De qué forma?

—Seguiré adelante.

Se hizo otro silencio.

—Señor Williams, ¿quiere darme esa fotografía?

Roy cogió la fotografía del suelo y se la entregó.

La hermosa señora Manners miró otra vez la cartulina y dijo:

—Ahora que caigo, esta fotografía tiene un gran valor para mi esposo y para mí, y estamos dispuestos a comprársela.

Se fue hacia una mesa y ocupó un sillón de alto respaldo.

Se puso unas gafas de negra montura, cogió un talonario y escribió.

Arrancó la hoja en que había firmado y se acercó otra vez a Roy.

—Aquí tiene, señor Williams. Por su mercancía.

Roy miró el talón. Era por diez mil dólares.

—¿Qué es lo que quiere pagar con esto, señora Manners?

—Pensé que no hacía falta que se lo dijese.

—Hace falta que me lo diga.

—Usted se estará quieto.

Roy se echó a reír.

—¿Piensa que voy a dejar que mi amigo cargue con dos crímenes?

—No creo que la policía pueda incriminar seriamente a su amigo. Pero suponiendo que lo haga, un jurado no tomará en consideración los indicios que puedan existir contra su amigo, y quedará en libertad.

—Señora Manners, no voy a permitir que Frank corra el riesgo de que usted se equivoque.

La hermosa pelirroja dio un paso hacia Roy y quedó muy cerca de él.

—Señor Williams, puedo agregar algo como precio.

—¿Qué cosa?

La señora Manners puso las manos en los hombros de Roy, y lo besó en la boca.

Roy no hizo nada.

La señora Manners se retiró y Roy dijo:

—¿Qué es? ¿Un anticipo?

Ella le sonrió.

—Le pagaré el resto esta noche. Dígame dónde debo ir.

—La respuesta es no, señora Manners.

—No sea estúpido. Le estoy ofreciendo algo que centenares de hombres más importantes que usted desean con todas sus fuerzas.

—Usted es muy hermosa, señora Manners, pero no lo bastante

para que yo traicione a un amigo.

Roy le metió el talón de diez mil dólares entre los grandes senos. La señora Manners se puso muy pálida.

—¡Es usted un rufián!

—Me ha llamado canalla, granuja y rufián. Yo sólo vine aquí para ayudarla a usted y a su esposo, señora Manners. Y usted se ofreció como parte del precio para que me esté quiete. ¿Cómo debo llamarla, señora Manners? ¿Me lo dice usted o se lo digo yo?

—Ande, llámeme mujerzuela barata, si eso le tranquiliza.

—Hay mujerzuelas baratas que tienen más dignidad que usted.

La señora Manners trató de golpearle, y ahora se valió de las dos zarpas.

Las uñas de la mano derecha rasgaron el cuello de Roy, por debajo de la oreja.

En ese momento se abrió la puerta.

—¿Qué pasa, Deborah?

La señora Manners se apartó de Roy.

Williams reconoció al hombre de la fotografía.

—¿Quién es él, Deborah?

—Roy Williams.

Manners cerró la puerta tras de sí.

—Es usted muy atrevido, señor Williams. Nunca debió venir a esta casa.

Manners vio el cheque en el suelo y lo cogió.

—¿Te entregó la fotografía a cambio, Deborah?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En la mesa.

Manners fue hacia la mesa y cogió aquel trozo de fotografía. Le causó un gran asombro.

—¿Has pagado diez mil dólares por esto, Deborah?

Fue Roy quien le contestó:

—No, señor Manners, su mujer quiere pagarme diez mil pavos para que me esté quietecito.

La señora Manners agregó:

—El señor Williams ignora por completo lo que había en el otro lado de la fotografía, querido. Es amigo de Frank Darren, al que han culpado de dos crímenes. El señor Williams es un bicho raro. Sólo le

interesa probar la inocencia de su amigo. He tratado de convencerle para que deje de enredar, pero no lo he conseguido.

Lee Manners tosió suavemente.

—Señor Williams, usted debería aceptar las condiciones de mi mujer.

Roy sonrió más para sí que para Manners. Se preguntó qué diría Manners si supiese que su mujer había incluido unas horas de amor como parte del precio.

—No puedo aceptar las condiciones de su mujer, señor Manners.

—Quizá fue poco dinero.

—Demasiado.

—Le daré el doble.

—No, señor Manners.

—Sería absurdo por su parte rechazar veinte mil dólares, señor Williams. Ellos no son como nosotros. Llegan a matar.

—Le ofrezco una solución, señor Manners. Coja el teléfono y llame a la policía. Hable con el teniente Dixon. Cuénteles el caso. De qué forma está siendo chantajeado por esa gentuza.

—¿Cree que estoy loco? Ellos acabarían conmigo.

—Usted pidió el retiro voluntariamente, señor Manners.

—No quise ser una carga para mi país. Por eso renuncié a mi empleo en el Departamento de Estado.

—Renunció a su vida pública. Pero todavía le queda por hacer algo. Salvar a un inocente y conseguir que los culpables de dos asesinatos reciban su merecido.

Manners se pasó la lengua por los labios. Pareció titubear porque las palabras de Roy le habían llegado muy hondo.

La señora Manners se dio cuenta.

—¡No lo escuches, Lee!

—Quizá él tenga razón.

—¡No la tiene! Tu nombre y el mío quedarían en el fango... ¿Te imaginas lo que pasaría con nosotros...? Nos tratarían como a dos apestados. ¿Y cuál sería el efecto del escándalo en mi padre? Se moriría. Tú sabes lo delicado que está del corazón. No resistiría el golpe. ¿Y qué sería de nosotros, Lee...? Te exigirían responsabilidades. Serías sometido a juicio... ¿Y cómo saldrías de él...? Has prestado valiosos servicios a tu país, pero no te valdría para nada... Quedarías deshonorado para siempre... Eso es lo que te

está ofreciendo este estúpido. Te está poniendo una soga al cuello y te dice: «Ahórquese, señor Manners». ¿Es eso lo que quieres, Lee...? ¿Ahorcarte...? Tú tampoco lo resistirías. Llegaría un momento en que atraparías una pistola y te saltarías la tapa de los sesos.

Lee Manners había envejecido diez años en unos minutos.

—Tiene razón Deborah —respiró profundamente y miró a Roy—. Lo siento, señor Williams, pero no puedo ayudar a su amigo.

—Yo tampoco puedo aceptar su oferta, señor Manners.

Roy salió de la habitación y ninguno de los cónyuges intentó detenerle.

El mayordomo estaba en el vestíbulo y le abrió la puerta.

Una vez en la calle, Roy quedóse mirando a unos niños que jugaban haciendo un muñeco de nieve.

Eran inocentes criaturas, pero muchos de ellos acabarían siendo muñecos en manos de otros como Lee Manners, como la hermosa Deborah Manners.

Había jugado muy fuerte en el paño y estaba a punto de perder. Los Manners estaban de parte de las sanguijuelas. Y las sanguijuelas no podían permitirle que él estuviese vivo mucho tiempo.

CAPÍTULO X

Roy entró en El Gallo de Oro.

Pasaban cinco minutos de las siete.

Vio en el bar a Anne Harrison sentada en un taburete. Estaba preciosa con un vestido de noche minifaldero.

Ella no le había visto a él.

—Hola, Anne —dijo al llegar a su lado.

La joven le sonrió.

—Creí que me ibas a plantar.

—Yo no planto a una chica bonita. ¿Qué bebes?

—Menta. Me gusta.

—Yo pediré un martini.

Guardaron silencio hasta que Roy bebió un trago del martini.

Luego él dirigió una mirada a su alrededor.

—¿Qué buscas, Roy?

Estaba buscando a matones. Pero era lógico esperar que no estuviesen allí. Todavía.

—Una mesa que esté discreta —le contestó a Anne—. Donde podamos estar a solas.

—Ya se lo dije a Pierre, el *maître*. Nos reservó una.

—¿Por qué no vamos a ella entonces?

Al fondo había unos reservados, separados unos de otros con paneles.

Roy pensó que allí se podría matar a una persona sin que el resto de los comensales se diese cuenta.

Se sentaron el uno frente al otro.

Un camarero apareció para tomar nota del pedido. Cuando el camarero se hubo marchado, Anne entrelazó los dedos de las manos y sonrió.

—Tienes personalidad, Roy.

—Tú también la tienes.

—Luego te llevaré a un sitio que te gustará.

—¿Adónde?

—A casa de mi jefe.

—¿Da una fiesta?

—Podría llamarse así porque es en tu honor.

—Vaya. El señor Collins se molesta demasiado por mí.

—El señor Collins quiere llegar a un acuerdo contigo.

—Eso es interesante.

—Tiene una gran organización.

—Ya lo supuse.

—Y te va a ofrecer un cargo.

—¿Cuál? ¿Cobrador de víctimas chantajeadas?

—Oh, Roy, no digas cosas horribles.

—¿Cuál va a ser el cargo?

—No me lo dijo concretamente. Será él quien te lo explique.

—Ya estoy deseando ir a casa de tu jefe.

—Pero primero tenemos que cenar.

—No tengo apetito.

—Yo sí.

El camarero trajo los primeros platos.

Cuando volvieron a quedar a solas, Anne dijo:

—No debiste ir a ver a Manners.

—Tenía que ir.

—¿Y qué conseguiste? Nada.

—Yo diría que algo.

—Cariño, mi jefe gana mucho dinero y no puede consentir que nadie le estropee el negocio. En la vida hay que saber ser inteligente, y estoy segura de que tú lo eres. Te voy a dar un consejo. Olvida tus prejuicios. El premio será grande. Nadarás en dinero.

—Y eso es lo que importa, ¿verdad?

—¿Hay algo más, cariño? —Se echó a reír—. Yo era modelo, pero no de las más brillantes. Tengo un buen tipo, no soy fea pero para ser una modelo importante, hace falta poseer otras cosas. Mi modisto me dijo que no llegaría muy lejos en mi profesión, y yo estaba de acuerdo con él. De modo que, me dije que en cuanto se

me presentase una oportunidad, la aprovecharía. Y fue Mark Collins quien llegó primero.

—¿Cuánto ganas con él?

—No puedo decírtelo. Está prohibido.

—¿Y cuánto ganaba Susan Foster?

—Cariño, ella se fue de la organización.

—¿Adónde?

—Te dije que no lo sabía.

—¿Y David Parker?

—Fue un tonto.

—¿Está muerto?

—¿Por qué había de estarlo?

—¿Está muerta Susan Foster?

—Cariño, esta velada debe ser muy agradable para ti y para mí.

La joven hablaba mientras despachaba la sopa.

Roy tomó sólo dos cucharadas. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Susan Foster quiso trabajar por su cuenta. Se puso de acuerdo con David Parker para chantajear a uno de los clientes de tu jefe. A Lee Manners.

—Hay gente muy ambiciosa. Pero cuando no se hacen bien las cosas, todo sale mal.

—Y a Susan Foster y a David Parker les salió mal.

—Eran un par de bocazas.

—¿Lo dices porque Susan Foster y David Parker se pusieron de acuerdo con John Miller? John Miller sería quien pidiese el dinero a Manners. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que Susan Foster y David Parker quería permanecer en el anonimato. Tenían miedo a tu jefe y utilizaron a Miller como hombre de paja. ¿Y cuál fue el resultado? Que el hombre de paja fue asesinado. Pero John Miller tenía una empleada, Peggy Jones, a la que debió confiar su secreto. ¿O quizá ella obró por su cuenta?

—Cariño, ¿por qué no hablas de otra cosa?

—¿No consideras interesante mi conversación?

—No tiene ni pizca de interés para mí.

—¿Quién se encargó de matar a John Miller y a Peggy Jones?

—Pero si está la mar de claro.

—Estupendo.

—Frank Darren los asesinó.

—No, dulzura, él no fue.

—La policía dice que sí.

—La policía se equivoca, Anne.

—Cariño, ¿es que eres anarquista? La policía representa al Estado y ellos no se pueden equivocar. Tú, como buen ciudadano, debes respetar sus decisiones. Si ellos dicen que tu amigo mató a John Miller y a Peggy Jones, es porque ese tonto los mató.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil, cariño.

El camarero trajo lubinas.

Anne comió la suya con mucho apetito, pero Roy sólo la probó.

—¿Nos vamos, cariño? —dijo Anne.

Roy pagó el importe de la cena y abandonaron El Gallo de Oro.

—Traje mi coche —dijo Anne.

Era un «Alfa Romeo».

Roy lanzó un silbido.

—Caramba, no te privas de nada.

—Es sólo dinero, Roy.

Apretó el acelerador a fondo.

El coche corrió como un bólido.

—Eh, nena, que no quiero ir a la Morgue.

—Recuerda eso mientras estés hablando con el jefe.

—Lo recordaré.

La casa estaba en las afueras de Nueva York, en un lugar residencial, con mucho arbolado.

Roy vio el río Hudson.

La casa colgaba de las rocas como un refugio de águilas.

Anne dejó el auto a la entrada de un garaje y saltaron.

La casa tenía algunas ventanas iluminadas.

Les abrió la puerta un criado.

—El señor Collins está en el salón.

Fueron al salón.

Collins estaba a la cabecera de una mesa. No había nadie más.

—Celebro que haya venido, señor Williams.

—No quería perdérmelo.

Collins estaba pelando una manzana. Se metió un trozo de ella en la boca y, mientras masticaba, dijo:

—Cometió un error muy grave, Williams. Debió dejar en paz a

nuestro cliente. Lo sé todo con respecto a su visita. El señor Manners nos llamó. Protestó y, cuando uno de nuestros clientes protesta, nosotros tenemos que presentarle excusas.

—Claro, es lo de siempre. El cliente siempre tiene razón.

—Sí, señor Williams. Nuestros clientes nos proporcionan muy buenos ingresos. Y a cambio, nosotros les ofrecemos paz y tranquilidad. Es el trato. Nunca fallamos. Y en el caso concreto del señor Manners, hubo una filtración por parte de uno de nuestros empleados.

—Susan Foster.

—Exacto, señor Williams. Susan Foster resultó una empleada infiel. Y ha provocado todo este jaleo. Aunque debo decirle que de nada le ha servido, puesto que las cosas van a seguir estando como estaban. Usted comprenderá que tenemos un buen servicio de seguridad. No podemos permitir que nadie haga tambalear nuestra organización, y tampoco se lo vamos a permitir a usted, señor Williams. Tendrá que aceptar nuestras condiciones o morirá como John Miller y Peggy Jones.

CAPÍTULO XI

Roy Williams miró a sus espaldas y vio a Arme apoyada en la pared, pero ella no le apuntaba con ninguna pistola. Jugueteaba con el bolso.

Tampoco Mark Collins tenía una pistola, aunque manejaba un cuchillo de postre con el que cortaba la manzana.

Collins le sonrió.

—Vivimos en un mundo materialista, señor Williams.

—Anne me dio unas cuantas lecciones del curso. El dinero es lo más importante.

—Hubo un tiempo en que, con poco dinero, bastaba para vivir bien.

—Pero la vida se ha puesto muy cara.

—Sí, señor Williams, especialmente la vida de lujo.

—Tiene una hermosa casa.

—Vale medio millón de dólares con todo lo que contiene.

—¿Cuándo la compró?

—Hace seis años.

—¿Desde cuándo funciona El Paraíso, Arte y Decoración?

—Desde hace diez.

—¿Cuántos clientes tiene, señor Collins?

—Un centenar.

—Y todos pagan.

—Todos pagan y hemos tenido muy pocas quejas.

—Y los servicios que ustedes prestan a los clientes es el de la decoración.

—Siempre hay algo que decorar.

—Y con ello justifica el chantaje.

—Es una palabra fea.

—Le pido perdón por haberla utilizado.

—Recuerde que esto es un negocio. Un simple negocio. Y usted ha tenido la oportunidad de saber que nuestros clientes están muy agradecidos por nuestra discreción. El señor Manners ha preferido seguir con nosotros como cliente, a colaborar con usted en su estúpida cruzada en favor de la justicia.

—¿Dónde está Susan Foster?

—¿Le interesa?

—Sí. Lo mismo que me interesa el paradero de David Parker.

Anne intervino:

—Cariño, ya te dije que deberías ser más correcto.

—Déjalo, Anne —sonrió Collins—. Es natural que se sienta lleno de curiosidad con respecto al paradero de dos personas misteriosamente desaparecidas.

Collins dejó el cuchillo de postre y se levantó.

—Le voy a decir dónde están Susan Foster y David Parker, señor Williams. ¿Quiere acompañarme?

—Desde, luego.

—¿Vienes tú, querida?

—Tampoco me lo perderé —contestó Anne.

Cruzaren el salón y Collins abrió una gran puerta de cristales. Era una terraza sobre el Hudson, con vigas de hierro y madera. La barandilla era también de hierro y estaba prácticamente sobre las aguas del río, a una altura considerable, un centenar de metros.

Hacía mucho frío.

Collins se detuvo ante la barandilla y señaló las aguas del Hudson.

—Allí abajo están Susan Foster y David Parker. Y cada uno de ellos tiene una piedra al cuello. No saldrán. Fue la tumba que ellos mismos eligieron por su estupidez.

Roy no dijo nada.

Collins entró otra vez en el salón y Anne y Roy le siguieron.

Anne se encargó de cerrar el ventanal.

En la habitación hacía un calor confortable.

—¿Satisfecha su curiosidad, señor Williams? —dijo Collins.

—Sí.

—Entonces, podemos entrar en el aspecto más importante de su visita.

—Le escucharé.

—Trabjará para nosotros.

—¿Por qué?

—Reúne condiciones. Tenemos una ficha completa de usted, señor Williams. Es el vendedor más hábil de Nueva York y, si es el vendedor más hábil de esta ciudad, también debe ser el mejor del país.

—Gracias.

—Pero usted trafica con una mercancía demasiado barata... Su virtud más importante es la persuasión... Es capaz de convencer a cualquier ama de casa de la necesidad del producto que usted trata de colocarle. Convencerá también a nuestros futuros clientes...

—¿Y cómo he de manejarlos?

—Es sencillo. Nosotros tenemos acceso a archivos secretos, señor Williams. Archivos oficiales que abarcan todos los departamentos del Gobierno, el de Estado y el de Defensa especialmente. Ya sabe que en esos departamentos trabaja la gente más brillante del país. Pero hasta las cabezas de más inteligencia cometen errores. Y si no los cometen por propia voluntad, nosotros se los hacemos cometer... En resumen, si no encontramos materia suficiente para el chantaje, y yo también usaré esa palabra para entendernos, nosotros creamos la propia materia que ha de servir para establecer contacto con el cliente.

—Muy sencillo.

—No todo resulta tan sencillo. A veces es laborioso. Pero siempre obtenemos los mejores resultados. Nuestros empleados cobran bien y exigimos de ellos un máximo de eficacia. Nada debe trascender. Todo el negocio se lleva con una absoluta corrección. Nos movemos en unas esferas que gozan de un alto nivel de vida. No nos interesan los empleados del tres al cuarto, y le aseguro que entre ellos están a veces personas importantes, pero las rechazamos como clientes, dados sus escasos recursos económicos.

—Fabuloso, señor Collins.

—Le parecerá más fabuloso si le digo que, entre nuestros clientes, tenemos personajes tan importantes como seis ex jefes de departamentos, dieciséis ex embajadores, cuatro que están en activo en importantes países del mundo... En fin, señor Williams, ¿para qué seguir? Espero que se haya dado cuenta de la envergadura de

nuestra firma.

—Sí, ya me he dado cuenta del negocio que tienen montado. Es extraordinario. Pero permítame que le haga una pregunta, ¿todo salió de su cabeza?

—Sí, señor Williams.

—Pues tiene usted un cerebro privilegiado.

—Estoy orgulloso de él y de las ideas que engendra.

Roy metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola. La había comprado antes de acudir a la cita con Anne.

Collins miró el arma y dijo:

—¿Qué hace, señor Williams?

—Voy a poner fin a su negocio.

—No estará hablando en serio...

—Lo sacaré de dudas ahora mismo.

Anne estaba junto a la mesa y abrió el bolso.

—Nena, no metas la mano en el bolso o parto de un balazo tu hermoso cuello.

—No seas imbécil, Roy —repuso la joven—. El señor Collins se está portando muy bien contigo. Te está dando una oportunidad para que vivas en la riqueza durante el resto de tu vida. Gozarás de todo lo que hayas podido desear.

—Deseo muy poco.

—No hay nadie que desee poco.

—Yo sí. Y ya basta de discusión. Tráeme el teléfono.

—¿Para qué quieres el teléfono?

—Voy a llamar al teniente Dixon.

Collins apretó los puños contra la mesa.

—Señor Williams, no puede cometer una locura.

—Para usted es una locura. Para mí es algo que debo hacer sin pestañear.

—¿Qué va a conseguir con eso, señor Williams?

—Nada menos que salvar la vida de Frank Darren.

—También tenemos la ficha de su amigo... Es un retrasado mental.

—Frank no es un retrasado mental, señor Collins. Frank representa a varios millones de personas, de gente sencilla. Admito que no es muy listo, pero no es culpa suya. Nació así, pero es noble, sincero y dispuesto a partirse el alma por ayudar a su prójimo... Y

también él se conforma con poco. Simplemente con vivir.

—Es una rata.

—Es un hombre.

—No puedo admitir que usted vaya a arrojar por borda el futuro maravilloso que yo le ofrezco.

—Continuaré vendiendo mi mercancía barata.

—Piénselo.

—Ya está pensado. ¡El teléfono, Anne!

Anne miró a Collins y éste le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Anne fue a por el teléfono, pero Roy dijo:

—Deja el bolso sobre la mesa.

Anne obedeció y trajo el teléfono, que dejó junto a Roy.

Collins dio unos pasos hacia Roy.

—Quédese quieto, señor Collins, o le vuelo la cabeza.

De repente se oyó una voz a espaldas de Roy:

—Soy yo la que se la volará a usted si se mueve, señor Williams.

Roy reconoció aquella voz. Era la de Deborah Manners.

La vio junto a la puerta con un revólver en la mano.

Ella le sonrió mientras decía:

—He ganado muchos trofeos en concursos de tiro, señor Williams. Y le advierto que es usted la pieza más grande sobre la que he tirado a tan corta distancia.

CAPÍTULO XII

Roy Williams estaba confuso. No había estado en ningún momento preparado para aquella sorpresa.

—¿Qué hace aquí, señora Manners?

—Deje el revólver sobre la mesa y se lo diré.

—Creo que vale la pena dejar la pistola para escucharla.

Roy abandonó el arma, entre otras cosas porque creyó que Deborah tenía todas las ventajas y que no vacilaría en apretar el gatillo.

Anne cogió la pistola que Roy acababa de abandonar y se apartó de él.

Collins se pasó un pañuelo por la cara.

—Ya le dije que no daría resultado, señora Manners. Yo era partidario de acabar con él...

—Cállate, Collins.

Roy estaba mirando a la mujer que tenía el cabello de Shirley Mac Laine, el rostro de Elizabeth Taylor, el busto de Raquel Welch y las piernas de Cyd Charise.

—Enhorabuena, señora Manners. Logró engañarme. Nunca habría podido imaginar que fuese usted la directora de esta pandilla de chantajistas.

—No he hecho más que explotar mis cualidades como actriz.

—¿Era buena?

—En el colegio estaba considerada como la mejor.

—Entonces, ¿por qué no siguió la carrera de las tablas? En Broadway hubiese podido cosechar los mayores éxitos.

—Mi familia se opuso.

—Entiendo, su familia es de las mejores de Boston, y con millones.

—Mi padre tenía los millones, pero los perdió después de la Segunda Guerra Mundial. Se metió en negocios ruinosos y llegó a quedarse sin un centavo.

—Y usted no quiso vivir como una arruinada.

—Claro que no. Estaba acostumbrada a lo mejor, y me juré a mí misma que seguiría teniendo lo mejor.

—Un momento, señora Manners. ¿Qué me dice de su esposo? ¿Por qué no ha venido con usted?

—Lee no sabe nada.

—¿Quiere decir que no forma parte de la organización? Asombroso. —Roy se echó a reír—. De modo que está chantajeando a su propio marido.

—Sí.

—¿Por qué?

—Era necesario para que él nos facilitase nombres, documentos...

—¿Qué había en el otro lado de la fotografía de su marido?

—Una rusa. Una espía llamada Tatiana Krinskeia... Ella coqueteó con mi marido. Tuvieron un *flirt* y la buena de Tatiana sacó a mi marido secretos oficiales. El pobre de Lee no sabía lo que estaba haciendo. La fotografía fue tomada en Moscú. La CIA demostró que Tatiana era la espía más importante de Rusia, y con ello aseguró el valor de la fotografía de mi marido y Tatiana.

—Es usted un monstruo, señora Manners. Vive con su esposo, en la misma casa, y él es una de sus víctimas.

—Tenía que serlo.

Por detrás de Deborah se oyeron pasos y entró Les Manners.

Deborah reflejó un gran asombro.

Roy quiso aprovechar aquella oportunidad para saltar sobre Deborah, pero Anne se lo impidió.

—Cuidado, Roy, yo tampoco fallaré.

Roy renunció a su intento.

Lee Manners estaba mudo, pálido, mirando a su mujer.

—Lo he escuchado todo, Deborah.

—¿Qué haces aquí, Lee?

—Te seguí. Pensé que venías a casa de tu amante.

—Eres un estúpido.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque te odio.

—¿Tú?

—Porque te aborrezco.

—¡No digas eso!

—Y no vine a casa de mi amante. Yo tengo todos los amantes que quiero.

Manners se pasó una mano por la frente. Para él todo aquello era como una pesadilla.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué?

—Me casé contigo porque mi padre estaba arruinado. No te amaba. Nunca te he amado. Yo quería a otro hombre.

—¿A quién?

—A Roger Robinson.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No podía decírtelo porque te necesitaba. Me casé hace once años contigo y, al año siguiente, ya había montado mi negocio. Pero tú nunca supiste que mi padre estaba arruinado porque yo tenía todo el dinero que él y yo necesitábamos para seguir aparentando que teníamos millones.

Manners se tambaleó como si hubiese recibido un golpe.

—Deborah, yo te habría concedido el divorcio. Yo te habría dado la mitad de mi fortuna.

—¡No me bastaba! ¡Tú me dabas categoría!

—Me hiciste pedir el retiro.

—Necesitaba estar en Nueva York para dirigir mi negocio.

—Dios mío, aún recuerdo aquel día espantoso, cuando recibimos la carta con la fotografía. Te confesé mi *flirt* con Tatiana. Te pedí perdón... Lloré.

—Sí, lloraste como un cobarde.

—Como un niño.

—Da lo mismo.

—Deborah, no puedes seguir haciendo daño.

—¿Ves cómo eres un niño? No hago daño a nadie. Sólo saco partido de las flaquezas de los hombres importantes. Ellos lo tienen todo, dinero, posición, brillo social. Tienen que pagar por ello.

—¿Quién eres tú para exigirles un pago?

—Nadie me dio el derecho. Yo lo tomé. La vida es así. Hay fuertes y débiles y yo quiero estar entre los fuertes.

—¡Eres un bicho!

—¿Monstruo? ¿Bicho? —Deborah soltó una carcajada—. Son las palabras de los débiles. Aquí tienes a uno de ellos —señaló a Williams.

—Ande, señora Manners —dijo Roy—, explíquele por qué no me mató.

—Te lo diré, Lee, no lo maté porque me gustó.

—Cállate.

—El iba a ser uno de mis amantes. Pero es tan niño y tan cobarde como tú.

Roy Williams habló de nuevo:

—Nos va a matar, señor Manners. A usted y a mí Y, por lo que deduzco, vamos a ir a parar al río Hudson. Nos pondrán una bonita piedra al cuello... Pero si nos da a elegir, prefiero beber un vaso de leche con cianuro.

—No puede elegir, señor Williams —dijo Deborah—. Irá a parar al Hudson, como Susan Foster y David Parker.

—Así que usted se encargó personalmente de matar a John Miller y a Peggy Jones.

—Sí, cada uno en su momento se pusieron en contacto conmigo. Tenía orden desde que Susan Foster nos la jugó que me pasasen todas las llamadas, y así me pude enterar de que primero John Miller, y luego Peggy Jones, trataban de chantajear a mi marido. Y querían usar la fotografía que nosotros estábamos usando contra Lee. Susan Foster la había robado del archivo... Simuló que estaba de acuerdo en pagar a John Miller los diez mil dólares. Pero le di otra cosa. Lo que se merecía. Le obligué a beber con una pistola.

—Peggy estuvo a punto de sorprenderla.

—Sí, pero cuando salió para llamar a la policía, aproveché aquellos momentos para marcharme.

—Y tuvo que hacer otra visita a la oficina.

—Tuve que hacerla cuando Peggy ocupó el lugar de John Miller.

—Debo felicitarla nuevamente, señora Manners. Va a lograr lo que deseaba, que un inocente, Frank Darren, cargue con las muertes de John Miller y Peggy Jones.

—Había pensado matar a John Miller con la pistola, pero vi el paquete de raticida en la mesa y decidí usarlo. Y resultó todavía más fácil porque John Miller sufría de úlcera y tenía varias botellas

de leche en el frigorífico. Con Peggy tampoco encontré dificultad. Compré un paquete del mismo raticida.

Roy saltó sobre Deborah y se la llevó consigo atrapándola por el brazo armado.

Anne disparó. En el momento que lo hizo, tenía como blanco a Roy pero, en la misma fracción de segundo, el lugar de Roy fue ocupado por Deborah. Fue ésta quien recibió el tiro en la espalda, justamente en la espina dorsal.

Deborah lanzó un chillido.

Anne se quedó asombrada al ver lo que había hecho.

Eso dio tiempo a Roy para apoderarse de la pistola de Deborah.

—¡Suelta la pistola, Anne!

Anne estaba demasiado asombrada para reaccionar. Abrió la mano y el arma que empuñaba cayó en la alfombra.

Lee Manners tenía los ojos desorbitados. Avanzó hacia su mujer.

—Deborah...

Ella lo miró, pero no dijo nada y exhaló el último aire que le quedaba en los pulmones.

Manners se dejó caer de rodillas mientras emitía un sollozo.

Roy se acercó al teléfono que había sobre la mesa. Descolgó y marcó el número de la policía.

—Quiero hablar con el teniente Dixon.

* * *

El teniente Dixon estrechó la mano de Roy Williams.

—Ha hecho un buen trabajo. Pero debo decirle que estábamos investigando a Manners y a su mujer, y también a esa firma de arte y decoración El Paraíso. Si usted hubiese ido a parar al Hudson, más tarde o más temprano habrían caído en nuestras manos los chantajistas.

—Pero prefiero haberlo solucionado. No me gustan los baños de río durante el invierno. ¿Estás listo, Frank?

—Sí, Roy, soy alérgico a las comisarías.

—Pues vámonos.

Los dos amigos salieron a la calle.

Estaba nevando otra vez.

—Roy, estamos como estábamos. Sin dinero —se lamentó Frank.

—Me sobró dinero de la apuesta que ganaste sin hacerla.

—Demonios, eso es bueno.

—Y tengo otra cosa.

—¿El qué?

—Un talón de diez mil dólares firmado por Lee Manners, en agradecimiento por lo que hice por él.

—¡Somos ricos, Roy!

Roy se detuvo un momento y le entregó trescientos dólares.

—Vete al hotel, Frank. Verás, cuando te vi en la televisión, yo estaba con una chica y le prometí que volvería a su lado en cuanto te hubiese sacado de la mazmorra.

Frank gimió:

—Ya te veo sin un centavo.

—Oye, el dinero es para gastarlo, y ahí tienes trescientos machacantes para que te diviertas.

—Está bien, Roy.

—Y otra cosa, Frank. Por lo que más quieras, no te vuelvas a meter en un lío.

—Descuida. Nadie me la volverá a pegar.

Roy le hizo un saludo con la mano, paró un taxi y se marchó en busca de la morena que podía ser pelirroja, rubia platino o rubia trigueña, gracias a su variado juego de pelucas.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).